

EBOOK ARMARIO DE CUENTOS VOL. IX

GERN'S BACK

Antología de cuentos de Fantasía y Ciencia Ficción

EBOOK ARMARIO DE CUENTOS VOL. IX

GERN'S BACK

Antología de Relatos de Fantasía y
Ciencia Ficción

Armario de Cuentos

© EBOOK ARMARIO DE CUENTOS VOL. IX
GERN'S BACK

Antología de Relatos de Fantasía y Ciencia Ficción

Primera edición, Julio de 2023

Derechos reservados conforme a la ley

México, Ciudad de México

Diseño Editorial:

Armario de Cuentos

www.armariodecuentos.com

Coordinación Editorial: María del Carmen Villar

Diseño de Portada e Ilustraciones: María del Carmen Villar

Maquetación: María del Carmen Villar

Ilustraciones: María del Carmen Villar

Revisión y Corrección: María del Carmen Villar

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización de los autores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables.

PARTICIPANTES

Rojos como el Fuego

Autora: Gloria Galán Mon
Red Social: @morgaana (Instagram)

Hora 25

Autor: Carlos Quijano
Sitio Web: <https://carlosquijano.com.mx>

¡Os Quedáis Solos!

Autor: Antonio Aguilar Martí
Red Social: @aguilar_marti_ (Instagram)

Roja y G: Cazarrecompensas, Caos y Destrucción

Autor: Rodrigo Maximiliano Neira
Red Social: @maximus_polisha (Instagram)

Misión Corona-1, Camino a Adhara

Autor: Ricardo Andrés Parra Montenegro
Red Social: @allaboutricardop (Instagram)

Control en la Frontera

Autor: Oscar Adolfo Sandoval Rojas
Red Social: @juegos.textuales (Instagram)



ROJOS COMO EL FUEGO

GLORIA GALÁN MON

ROJOS COMO EL FUEGO

Gloria Galán Mon

La primera vez que la vi supe que era de las que traían problemas. Volvíamos cansados, el viaje desde SurPolar727 había sido especialmente lento en esa ocasión, ya que habíamos tenido una tremenda tormenta de meteoritos que nos había obligado a cambiar el rumbo de la aeronave y estábamos todos bastante irascibles, por lo que cuando llegamos no hicimos como otras veces y no fuimos en comanda a tomar una copa.

Cada uno se fue por su lado, pero a mí sí me apetecía esa copa y por eso entré en aquel garito. Me acodé en la barra y le hice un gesto al barman, él me miró ceñudo y se inclinó hacia mí.

Pensando que no me iba a comprender, ya que era un squag y no se les da muy bien hablar otros idiomas, le señalé la botella de whisky que estaba tras él, y me llevé una sorpresa porque el tipo me preguntó en el idioma común —Sólo o con bliquers?

—Con bliquers, por favor —Contesté avergonzado.

Mientras el barman me preparaba la copa, me di la vuelta en la banqueta y observé la sala, pensando que debería haber llevado las lentes de visión nocturna, porque la iluminación era muy escasa. Aun así, distinguí en la pista central cuatro bailarinas quinagh que ejecutaban sus ancestrales bailes, mientras un pequeño

grupo de babosos las contemplaban. Yo también caí en ese estado de sopor que producen sus libidinosos movimientos hasta que unos gritos algo alejados me sacaron de mi estupor.

Dejé la barra y me acerqué al reservado de donde procedían los gritos. En los sillones dos hombres con gesto hastiado soportaban las voces que les daba una phornian que se encontraba de espaldas a mí. Supe que era una phornian por su acento gutural, puesto que en esa posición no había nada que me indicara que no se tratara de una terrícola.

No sé si fue porque mi humor en ese momento era bastante negativo a consecuencia del viaje, o porque el whisky estaba bastante cargado, lo que me hizo intervenir cuando uno de los hombres se levantó y agarró a la phornian por el cuello. Sin pensarlo me acerqué y con la pistola tranquilizante le solté una descarga. El hombre cayó al suelo y yo aproveché para tomar a la phornian del brazo y arrastrarla conmigo a la salida.

Corrí tirando de ella hasta un callejón oscuro y allí paré, tratando de recuperar el aliento, mientras la phornian me gritaba en su idioma.

—¡Más despacio! Si hablas tan rápido no te entiendo.

Ella dejó de gritar y me miró sorprendida —Hablas phornio?

—Algo, es un idioma complicado y baja la voz, seguro que nos están buscando.

—¿Por qué te metes en lo que no te importa, terrícola?

—Perdona por salvarte la vida, no lo volveré a hacer.

Una duda chispeó en su mirada y chasqueando la lengua en señal de desaprobación dijo —Zkap!

—Bonito vocabulario para una dama —Le dije con sorna.

—Todos los de tu especie sois iguales, os creéis superiores al resto, pero estáis muy equivocados, como tú ahora. Sé defenderme sola.

—No lo parecía, se te veía bastante indefensa.

Sonó como un petardo y la phornian desapareció, asombrado miré alrededor y al no verla por ningún sitio, fui a salir del callejón cuando sentí un terrible pinchazo en el cuello.

—¡Puto bicho! —Exclamé dándome un manotazo debajo de la oreja.

De nuevo sonó un petardazo y ella apareció delante de mí sonriendo.

—¿Te ha dolido? Pues eso no es nada con lo que puedo hacerte.

La cogí del brazo y le pregunté —¿Has sido tú? ¿Cómo lo has hecho?

—Ya veo que no conoces muy bien nuestras características. ¿No sabes que podemos disminuir nuestro cuerpo al tamaño de una hormiga?

Recordé las clases de Historia de las Galaxias, en ellas nos explicaban los motivos de las desapariciones de muchos mundos, pero no recordaba que nos hubieran hablado de las características de los nativos, al menos, no de las de los phornian.

—No, no lo sabía —Confesé.

—Así fue como yo y otros muchos pudimos escapar de la destrucción de nuestro planeta —Dijo observando el contaminado cielo de Ganímedes—. Nos redujimos y nos escondimos, yo lo hice en la mochila de uno que se parecía a ti, tenía tu misma cara de espabilado.

—¿Me estás insultando?

—Sí, menos mal que te enteras de algo —Me contestó sonriendo.

—Vale. ¿Qué te parece si empezamos de nuevo esta conversación? Soy Buck Monroe. ¿Y tú?

—JaJaí —Contestó ella.

Creo que fue en ese instante cuando empecé a enamorarme. Sí, ya sé lo que vais a decirme, que es una locura entablar relaciones con alguien de otro planeta, lo sé, pero... ¡Así es el amor! De todas formas, yo no os he dicho que pasara algo entre nosotros, así que no adelantéis acontecimientos.

—¿Qué haces en Ganímedes y qué te pasaba con esos matones? —Le pregunté.

JaJaí se miró la punta de los pies y después clavó sus ojos de fuego en los míos—. Estoy buscando una forma de salir de aquí y ellos me habían asegurado que podían conseguirlo. Me pidieron un adelanto para conseguir el visado, y como no había vuelto a tener noticias suyas, vine a buscar respuestas. Pero son unos estafadores, como todos...

—Ya, ya, como todos los terrícolas —Ella volvió a clavar sus ojos en los míos, y lo que vi me hizo pensar que era mejor no enfadarla.

—¿Y a dónde pretendes ir?

—A Vulcano.

—Y por qué allí? Solo hay una base terrícola, y no sé si serás muy bien recibida.

—Eres muy curioso, Buck Monroe. Digamos que allí está alguien muy importante para mí.

—Ah, ya veo.

—No sé qué es lo que ves, pero seguro que te confundes, terrícola.

Notando que volvía a ser "terrícola" otra vez en vez

de Buck, decidí llevármela a mi terreno y acercándome a su diminuta oreja le susurré: —Tal vez yo pueda ayudarte.

Me miró sorprendida. —¿Cómo podrías ayudarme?

—Soy ingeniero aeroespacial y mi trabajo consiste en el mantenimiento de las bases de diferentes planetas. Mañana me tocaba en SurPolar728, pero puedo hacer una llamada al compañero que va a Vulcano, si estás interesada.

—¡Claro que estoy interesada, pero... ¿Estás intentando engatusarme?

—¡No, no, claro que no! Solo quiero ayudarte — Mentí.

—De acuerdo, llama a tu compañero.

Marqué el teléfono de Harris y le conté una milonga que el tipo creyó. —¡Ya está hecho! Mañana voy a Vulcano y tú, si no te arrepientes. No debería haber problema alguno, reducida y en uno de mis bolsillos no podrán detectarte los escáneres.

—¡De acuerdo, Buck! Pero ¿por qué me ayudas?

—Yo soy así, un alma generosa —Respondí, y me callé que su rostro nacarado me estaba volviendo loco.

A la mañana siguiente, con JalJai en uno de los bolsillos de mi pantalón, crucé el arco de entrada al espaciopuerto de Ganímedes. No las tenía todas conmigo, esos escáneres son muy potentes, y toda la seguridad que había mostrado con ella, me estaba abandonando. Por fortuna, no empezaron a sonar como locos cuando los crucé, así que me dirigí hacia la astronave y subí a ella.

Había dormido poco la noche anterior, la inquietud se había apoderado de mí y me mantuvo en vela hasta poco antes de levantarnos, por lo que cuando terminó el

despegue y nos adentramos en el espacio exterior, mis ojos se cerraron instantáneamente. No sé cuánto tiempo había transcurrido cuando una sensación extraña me despertó. Aún medio dormido, empecé a notar como unas pequeñas cosquillas en el cuello que fueron bajando con rapidez hacia el ombligo. Noté como el cinturón se levantaba y con él la cinturilla de mi pantalón. Algo así como un flash se encendió en mi cerebro y metí la mano en el bolsillo donde estaba JalJai. ¡Había desaparecido!

Sentí un tirón en el vello y a continuación las cosquillas siguieron bajando hasta el borde de mi boxer. Contuve la respiración esperando... y deseando... Y mi deseo se hizo realidad, pero no voy a contaros lo que pasó, eso queda entre JalJai y yo.

Unas horas más tarde, con JalJai de nuevo en mi bolsillo, volvimos a cruzar los escáneres del espacio puerto de Vulcano y nos dirigimos a la base.

Cuando ingresé en ella me dirigí hacia la zona de control, y allí la saqué del bolsillo y le dije que tenía como máximo tres horas para encontrar a quién buscaba. Ella salió corriendo hacia la puerta cerrada y al llegar allí dio un salto hasta la ventanilla abierta encima de la puerta. ¡Así que ese era otra de sus características! Pensé asombrado.

Hice mi trabajo, mal que bien, pues tenía la cabeza en otros asuntos, y poco antes del plazo JalJai apareció en la sala acompañada de dos especímenes masculinos.

—Buck Monroe, estos son mi padre HakoJai y MunKole. ¿Cuándo nos vamos?

—La astronave sale en quince minutos, deberíamos irnos hacia allí —Les dije agachándome para tomar a JalJai, pero el tal Mun se interpuso entre mi mano y ella.

JalJai le tocó en el brazo y le dijo que confiara en mí, así que volví a intentarlo y la tomé y metí en el bolsillo izquierdo y a los otros dos en el derecho. No sé por qué lo hice, pero mi instinto me lo aconsejaba.

A bordo de la astronave, mi mayor deseo era que JalJai volviera a recorrer mi cuerpo, pero no parecía que fuera a ocurrir de nuevo. Ofuscado por el deseo decidí hablar con ella, con el riesgo que eso suponía, pero no me importó. Metí la mano en el bolsillo y nuevamente ¡Había desaparecido!

Esperé con ansiedad volver a sentir esas cosquillas, pero después de unos minutos no pasó nada, entonces, metí la mano en el derecho y solo toqué un cuerpecillo.

Me fui al lavabo y allí saqué a HakoJai del bolsillo y le pregunté dónde se habían metido aquellos dos.

—Estimado terrícola, HalJai y MunKole llevaban mucho tiempo sin verse y necesitaban estar a solas, tú ya me entiendes —Me dijo el enanillo con una sonrisa maliciosa.

Rabioso comencé a quitarme la ropa y cuando bajé el boxer, allí los encontré en una posición bastante embarazosa para mí.

Volví a vestirme, dejando el boxer tirado en el suelo y salí de allí. No volví a ver a cualquiera de ellos, como saldrían de la astronave no era algo que me importara.

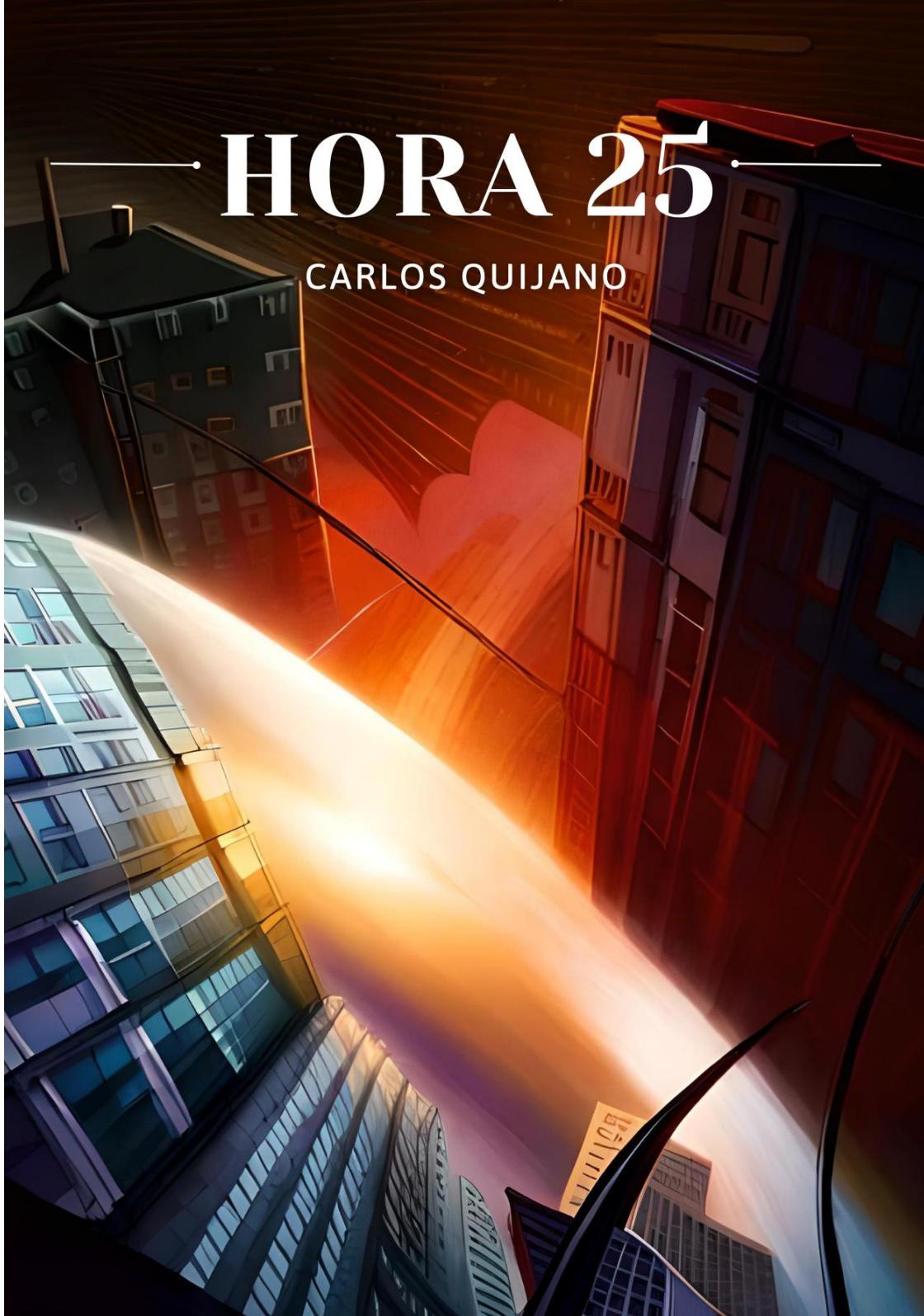
Unos meses después, de regreso de una de las misiones, me encontraba en mi casa preparando la cena, cuando sonaron unos golpes en la puerta. La abrí y me encontré una mirada roja.

—¿Buck Monroe? Me manda JalJai. Dice que tú puedes ayudarme.

La dejé pasar, claro está, su rostro nacarado me lo estaba pidiendo.

HORA 25

CARLOS QUIJANO



HORA 25

Carlos Quijano

No terminaba de oscurecerse el cielo, aún conservaba esos matices dorados y violetas que colorean las nubes antes de que el sol se oculte del todo. El bullicio de las calles se intensificaba a medida que la oscuridad avanzaba sobre la ciudad. Fantasma eléctricos aparecían ipso facto, en señal de que nunca se habían marchado de ahí y tampoco tendrían algún motivo para hacerlo. La temperatura subía junto con la humedad en el aire, el viaje en autobús hasta casa sería una experiencia bochornosa —hablando en términos climáticos— y echaría de menos la frescura del aire acondicionado del auto. Se aflojó la corbata, empezaba a sentir cómo la camisa se adhería como pegatina a su piel por la transpiración. Encontró un lugar para sentarse, colocó el maletín sobre sus rodillas. Eran los días de más alta temperatura de todo el verano: la canícula. Después de todo, el viaje en autobús era un método —aunque poco común— de desconectarse del estrés laboral provocado por la actividad cotidiana en la oficina. Se relajó tanto como le permitió el vaporoso y sustancial clima del vehículo público. Trató de no pensar en las cuatrocientas semanas de cotización a la seguridad social que aún le faltaban para alcanzar una buena pensión después de retirarse. Se le ocurrió pensar en la

causa principal que le hacía mirar más de una vez a la becaria que cumplía con sus horas de servicio social: ¿era el perfume cítrico o el cadencioso movimiento de sus piernas y caderas al pasar? El pensamiento le tiró las comisuras de la boca hacia atrás, la sonrisa le modificó el semblante. La clásica fantasía del hombre maduro con la jovencita teniendo sexo bestial sobre el escritorio cuando todos ya se habían ido.

El autobús inició su marcha con un escandaloso esfuerzo, a medida que avanzaba iba tomando potencia. Héctor, en el asiento de ventanilla, se aburría con la incesante proyección de anuncios en neón: una interminable pausa publicitaria. El cielo de esa calurosa noche de verano era tan oscuro como atrapante.

Jamás hubiese atribuido los últimos acontecimientos a una racha de mala suerte como decían los aficionados a las cábalas. Estaba consciente de que la edad empezaba a cobrar el alquiler. Problemas con la próstata, la rutina diaria de abrir los ojos al despertar, los constantes olvidos que derivaban en grandes dificultades. No faltaba mucho para alcanzar su jubilación, entonces tendría todo el tiempo necesario para atender todo lo que había dejado pasar. Sus hijos adolescentes eran una de esas tantas cosas desatendidas; no es que fuera un mal padre, solo que no había estado el tiempo necesario con ellos, sin embargo, los amaba. Amaba a su esposa, aún después de treinta años de estar juntos. Amaba la vida en sí.

La inercia del frenazo lo obligó a salir de sus cavilaciones. Echó un vistazo a la ventanilla para ubicar en qué parte del trayecto se encontraba. El transporte había avanzado más allá de la zona comercial principal, ahora estaba frente a establecimientos oscuros y de

menor categoría.

Antes de que el camión iniciara con su penosa marcha, alcanzó a observar un corrillo frente a los empañados cristales del aparador de una tienda de electrónicos; la gente se agrupaba para ver las pantallas en la exhibición, sintonizadas todas en el mismo canal. Una película de catástrofe natural. Las personas alimentaban su morbo con las tragedias con las que especulaban los guionistas de cine acerca del inagotable tema de la extinción de la humanidad. No pudo más que soltar una risa mientras decía para sí: «Las he visto todas».

El conductor del autobús aminoró la velocidad y, en un tramo muy reducido, aplicó los frenos de aire, lo que provocó un bufido estentóreo que torturó los tímpanos de los pasajeros. Un retén militar impedía el paso desde ese punto con barricadas y personal armado.

—No puede continuar por esta avenida, utilice otra vía —dijo el soldado con el tono de voz más autoritario de su repertorio.

—No puedo ir por otra vía, las calles de esta zona son muy estrechas para dar vuelta —contestó fastidiado el conductor.

—Entonces regrese por donde vino, no es mi problema.

En el interior del autobús, las preguntas murmuradas no se hicieron esperar. El operador anunció el final de la travesía, obligado por las circunstancias, terminaría su turno con anticipación. Héctor bajó del autobús y se dirigió con el soldado a preguntar el motivo del corte de circulación.

—Hubo una explosión a la altura de la bodega de alimentos enlatados —contestó puntual el militar.

Ese lugar quedaba como a dos o tres kilómetros más adelante, lo que significaba que había sido de gran magnitud.

—¿Sabe usted qué la ocasionó? —preguntó Héctor.

—Negativo, señor. Circule, por favor —respondió el soldado con la hosquedad característica de la milicia.

Héctor echó un vistazo a su alrededor; a pesar de que no era muy tarde, aquella zona de la ciudad estaba desierta. Se encaminó por la estrecha calle para iniciar la frenética búsqueda de un coche de alquiler. El aire era espeso, parecía que la temperatura aumentaba cada vez más y en un lapso breve. La bocina del teléfono público se sentía pegajosa debido a la condensación, giró el dial de aquel aparato, no sin sentir un poco de asco.

—¡Hola, campeón! ¿Qué hay? —saludó con tono entusiasta y cariñoso a Hugo, su hijo menor.

—¡Papá! ¿En dónde estás? Algo ha pasado, apúrate a llegar a casa —dijo el chico, nervioso y con urgencia contagiante.

—¿Qué pasa? ¿Tu hermana está bien? ¿Dónde está tu madre? —preguntó Héctor con la intención de ocultar su preocupación.

—Daniela está aquí, mamá aún no ha llegado... Papá, están cayendo meteoritos en muchos lugares en el mundo...

«¿Meteoritos?», se preguntó Héctor. Las imágenes en las pantallas de la tienda no eran de una película, quizás la explosión en la bodega tenía relación con los meteoritos, por eso el hermetismo del soldado.

—¿Qué han dicho en el noticiero?

—No mucho, hum, solo que son desprendimientos de un asteroide que está acercándose a la tierra.

«¿Asteroide? ¿Acercándose? ¿Por qué no había

alertas de emergencia?».

—Papá, ya está aquí mamá.

—Bien, no tardaré en llegar, solo estén tranquilos.

Colgó la bocina y apresuró el paso. Dobló en la siguiente esquina con la esperanza de ver la señal de «TAXI» brillando en el toldo de un vehículo. La calle era más ancha que las otras perpendiculares, esperaba que hubiese más tránsito. Pensaba mientras en el asteroide y los fragmentos. ¿Por qué no lo habían detectado las agencias espaciales? ¿El asteroide chocaría contra la Tierra? ¿Sería este el guión de una película de tragedia llevado a la realidad?

En el edificio adyacente al observatorio nacional, uno de los analistas recibía un fax de la agencia espacial con prioridad alta. Leyó con mucha atención la notificación, el asunto era de un nivel de delicadeza muy elevado, tendría que dar aviso a varias dependencias debido a que no solo se trataba de una emergencia nacional, sino que implicaba un asunto de índole mundial. Apuró la redacción del comunicado, comprobó y resaltó con negritas las palabras clave antes de imprimir el documento e inició el largo proceso para enviar el aviso a un buen número de agencias gubernamentales, después abandonaría su oficina para dirigirse con urgencia al observatorio. Mientras el ascensor descendía, recordó cuando llegó a trabajar a ese lugar hacía algunos años. Afuera contempló la fachada con cierta nostalgia, como quien se ve forzado a despedirse.

Era tarde y en el observatorio parecía que apenas iniciaba la jornada. El movimiento generado por el enorme asteroide tenía asombrados a algunos y aterrorizados a muchos: todo el personal estaba trabajando sobre la información que llegaba por todos

los medios. El analista no se sorprendió al ver las idas y venidas de aquel equipo de trabajo, parecía más un mercadillo local que una oficina astronómica. Unos golpecitos en el cristal lo hicieron voltear, el Dr. Herrera le hacía una señal para que entrara a su oficina.

—No tengo palabras para explicarte, solo apareció de la nada, no hay trayectoria orbital conocida para este cuerpo —dijo directo al grano y saltando todo el protocolo el Dr. Herrera. Se veía de verdad afectado. El analista lo miraba casi atónito, nunca había visto esa expresión tan grave en el rostro del eminente director—. Mandarán una sonda a hacer pruebas; aunque tardarán unas horas, nos dirán de qué va todo esto. Los últimos reportes dicen que está en fase estacionaria, ¡por increíble que parezca! Se ha quedado quieto, pero hemos captado otro detalle: cada determinado tiempo se desprenden algunos fragmentos de la superficie y caen casi equidistantes de los anteriores.

Esto le puso la piel de gallina al analista. No había dicho una sola palabra. Su mente se encontraba trabajando a todo lo que daba: armaba esquemas, calculaba probabilidades, recopilaba información de sus bancos de memoria para construir una teoría. Salió de la oficina para buscar un planisferio. Cuando llegó el Dr. Herrera con él, lo encontró alternando la lectura y mirando con atención el mapa.

—¿Qué pasa, Leonardo? ¿Qué has encontrado? —dijo el Dr. que, aunque interrogaba, estaba convencido de la capacidad y talento que precedía al analista.

—Aún no lo sé, es solo una idea que me pasó por la cabeza, ayúdame a analizarla y desmíenteme —dijo Leonardo a punto de entrar a la etapa del nervio—. Los primeros informes indican que los fragmentos cayeron

en estas coordenadas —señalaba en el planisferio con un dedo—, si seguimos el orden cronológico según los reportes, los siguientes fueron en este lugar —de nuevo señalaba—, y si continuamos, veremos que llevan una secuencia, un patrón... —hizo una pausa para estar bien seguro de lo que iba a decir— esto indica que el asteroide no se mueve ni se aproxima hacia nosotros, sino que se sincroniza con el movimiento de rotación.

El Dr. Herrera miró más de una vez el planisferio y los documentos. Era posible, en un margen muy amplio, que la teoría de Leonardo resultara acertada. Aunque era un hecho inverosímil, tendría que confirmarlo con más de un astrónomo, tendría que estar seguro de que un fenómeno semejante pudiese ocurrir. La teoría no podía darse a conocer por el momento, hasta que estuviera en su totalidad confirmada.

—Espere, no se precipite —dijo Leonardo adivinando las intenciones del director de brillar por todo lo alto.

Ninguna agencia en el mundo había emitido ningún comunicado, lo que obligaba a conducirse con precaución. Tal vez ya habían descubierto lo mismo que Leonardo, pero era obvio que tendrían razones para reservar la información. Faltaba aún por determinar por qué el asteroide se comportaba de aquella extraña manera. Limitados por el escaso flujo de información, deberían esperar a que los análisis arrojaran nuevos datos, así que las horas subsecuentes serían de contenido suspenso.

—No logro captar del todo tu teoría. ¿A qué te refieres, Leonardo? Sé que es correcto lo que expones, pero siento que hay algo más, una sorpresa dentro del pastel. ¿Qué es? ¿Cuál es el punto de atención? —

preguntaba el Dr. Herrera, tan solemne como si quisiese convencer a alguien de comprar el aire que respira.

—Es muy aventurado, doctor, la verdad es que prefiero esperar a analizar más datos, solo estaría especulando con algo que quizá solo exista en mi cabeza y sea el producto de un largo día de trabajo, un escape descarrilado.

El director no se conformó con esa respuesta, tenía la seguridad de que Leonardo le estaba dejando ver muy poco de lo que tenía en mente. Conocía al analista y sabía que no daba pasos en falso. Pronto sabría cuál era el asunto.

Leonardo se había instalado en el cuarto de información, a la espera de que las alarmas de los equipos de fax anunciaran con el anhelado pitido y comenzaran a soltar largas lenguas de papel con información. Ansioso, pensativo, callado, esperaba que la idea que tenía en la incubadora fuese equivocada, para el bien de la humanidad.

Héctor no concebía la imposibilidad de que ningún taxi circulara por aquellas calles de la ciudad, aún no entraba en desesperación, pero comenzaba a impacientarse. Miró el reloj de manecillas fluorescentes y se dio cuenta de que ya llevaba un rato esperando encontrar el vehículo. Echaba de menos su automóvil, aunque cada reparación le costara una pequeña fortuna, deseaba en ese momento estar sentado frente a su sólido volante y relajarse en la frescura de su interior climatizado. Le picaban las axilas y los zapatos empezaban a castigarle a cada paso. No echaría a caminar hasta su casa, estaba aún muy lejos de ella; aunque no descartaba la posibilidad de hacerlo, tenía que estar con los suyos en estos momentos tan inusuales.

Deseó también llevar consigo un radio portátil o uno de esos walkman por los que sus hijos enloquecían cada vez que los miraban en algún anuncio, podría escuchar las noticias y pormenores acerca de la sorpresiva caída de meteoritos. No había ni un alma en las calles, pareciese que toda la gente estuviese refugiada en sus casas, tal vez atentas a la pantalla del televisor o a sus receptores de radio con una refrescante bebida en la mano.

La moneda se le escabulló de los dedos casi cuando la iba a introducir en la ranura. Asombrado, escuchó el tono de llamada en la bocina. Aquello solo pasaba en situaciones de emergencia: desastres naturales o cosas así. Marcó el número de su casa y al segundo tono alguien del otro lado de la línea levantó el auricular.

—¿Hola? —dijo una voz desmodulada por la preocupación—. ¿Quién llama?

—Hola, amor, soy Héctor, ¿cómo están todos en casa? —Trató de dar a su voz un tono casual, de jovial tranquilidad.

—Héctor, Amor ¿por qué tardas tanto? ¿Estás bien? —interrogaba con ansiedad Lucía.

—El bus tuvo que detener su corrida, estoy tratando de conseguir un taxi, estoy cerca de... —Volteó a ver a su alrededor y distinguió a unas calles el edificio del observatorio—, del observatorio, pronto estaré en casa, no te preocupes, tarde, pero llegaré —intentó infundir una disimulada calma a su esposa.

—Ten mucho cuidado, hay policías y soldados por todas partes, los vecinos me han dicho que cayó un meteorito en la procesadora de alimentos y en otros sitios de la ciudad y del país ¡y todo es un caos!

—Sí, amor, tendré cuidado, un beso, llego en un rato.

Colgó la bocina con lentitud, ahora sí estaba preocupado. Tendría que pensar rápido cómo llegar a su casa. Se le ocurrió caminar hacia el observatorio, allí habría más afluencia de autos y de personas. Se puso en marcha al paso que le permitían sus pies. Cuando llegó a la explanada, los pies le punzaban, se acomodó en el borde de una jardinera, puso el portafolio a un lado y se quitó los zapatos para darse masaje. Mientras lo hacía, miró en derredor y la explanada estaba igual de desierta que las calles de la ciudad. «No te desespere, pronto pasará un taxi», se repetía para sí como un mantra tranquilizador. Sintió odio hacia sí mismo por haber pensado en la loca fantasía con la becaria, la preocupación que demostró su esposa le causó remordimiento de conciencia. El ruido de motores le llamó la atención hacia la rampa del estacionamiento del edificio, pensó que era posible que alguno de los empleados fuese por el mismo rumbo que él. Apuró a ponerse los zapatos y tomó su inseparable portafolios. Los primeros ocho autos, ni siquiera redujeron la velocidad cuando Héctor les hizo señas para que se detuvieran. El noveno, un Maverick de colección, se detuvo unos cuantos metros adelante.

—¿Podría llevarme? Voy hacia el sur, ¿le queda esa dirección? —preguntó sin más rodeos Héctor.

—Suba, voy hacia ese rumbo. ¿Qué hace por aquí? ¿No ha visto o escuchado las noticias? —interrogó el conductor.

—No del todo. Escuché sobre el asteroide y los meteoritos, solo un poco, voy saliendo del trabajo y parece que hay un complot en mi contra: calles cerradas, no encontré un taxi, el autobús en el que viajaba tuvo que detenerse... ¡Uf! —exclamó Héctor arrellanándose

en el asiento del copiloto.

El conductor lo miró durante unos segundos, buscaba la manera más fácil y directa de decirle lo que en realidad pasaba. No lo conocía, sin embargo, el sentimiento de solidaridad ante un hecho de tales magnitudes le obligaba a ser un poco más sensible.

—¿Tiene familia? —rodeó un poco más, antes de soltar de lleno.

—Sí, dos chicos, mi esposa, ya sabe...—Héctor sintió cómo el automóvil cobraba más velocidad, al tiempo que contestaba la pregunta del chófer, quien, con la mirada fija en la avenida, se sujetaba al volante y el rostro se tornaba a un gesto solemne y las palabras se escuchaban con la misma seriedad:

—Tenemos que llegar pronto.

—Están por cumplirse 24 horas desde que inició la caída de meteoritos. No es una lluvia de estrellas como las que acostumbramos a ver en las madrugadas, es una caída planeada. Con base en la densidad de población del lugar, el número de fragmentos aumenta o disminuye. Mire, los datos indican que en zonas montañosas o desérticas no ha caído ningún fragmento; en cambio, en las ciudades o en donde sabemos que hay concentración de habitantes, el número de fragmentos es exponencial. En 24 horas va a pasar algo para lo que no estamos preparados —Hizo una pausa —Si ponemos los reportes sobre coordenadas en el mapa, se dará cuenta de que no es una invención lo que estoy planteando.

—¿Por qué 24 horas? ¿Por qué concluye que en ese lapso ocurrirá algo? —preguntó con tartamuda curiosidad el auxiliar.

—Simple —respondió Leonardo y comenzó a marcar en rojo los puntos geográficos de los que se tenía reporte

hasta ese momento—, el asteroide suelta fragmentos calculando el movimiento de rotación, la fuerza gravitatoria y la altura a la que se encuentra, así como la fricción que se genera al entrar a la atmósfera, eso explica la precisión del aterrizaje. Descartamos que sea coincidencia.

Sorprendido, el Dr. Herrera aceptaba que era creíble la teoría de Leonardo, solo se escapaba un detalle: los extraterrestres no existen.

—¿Invasión? ¿Extraterrestres? ¿Eso estás diciendo, muchacho? No puedo aceptar tu teoría... Haré unas cuantas llamadas para saber cómo va la situación en otros lugares. El Ejército, las Fuerzas Especiales, Seguridad Nacional, alguien ya debe saber algo acerca de este fenómeno. El doctor se dirigió a su despacho, casi decepcionado de Leonardo.

El auxiliar, con menos bases férreas sobre la posibilidad de habitantes de otros planetas, miraba a Leonardo calculando lo que iba a decir:

—Si es lo que dices, me refiero a la invasión... es decir... ¿qué vamos a hacer?

—Buena pregunta —contestó Leonardo, sabiendo que la respuesta era defendernos.

Más tardó en salir el Dr. Herrera de su oficina, que la torturadora jaqueca que le taladraba la cabeza de sien a sien iniciara. Las llamadas realizadas a los altos mandos le habían puesto la cabeza hecha un laberinto. Nadie sabía a ciencia cierta cómo debían proceder ante tal episodio. Bien lo decía Leonardo, no estaban preparados.

Las operaciones militares ya estaban en curso, los pelotones vigilaban el comportamiento de los meteoritos, algunos expertos geólogos analizaban el tipo

de elemento: una composición tan oscura que daba miedo tocarla hasta con guantes. No había indicios de radiación ni tampoco de bacterias conocidas o presencia de cuerpos extraños, esto lo habían puntualizado los expertos de la agencia espacial y confirmado con los análisis preliminares de los biólogos. Destacaba la adhesión del material al suelo, parecía haberse fundido con la materia negra, el meteorito estaba encajado al suelo terrestre por lo que los intentos de trasladarlo a un laboratorio habían sido en vano. Las muestras obtenidas presentaban una masa y un peso específico distinto a cualquier materia, una pizca equivalía a muchos gramos de la terrestre. No mostraban indicios de calentamiento por fricción, en resumen, todos los datos recabados eran inauditos.

Leonardo se servía el tercer cono de agua. «Qué desesperantes son estos vasitos cuando uno tiene mucha sed», pensó y dejó de lado, por un instante, todo lo que le daba vueltas sin parar en la cabeza. Todas las interrogantes no podían ser despejadas: ¿Cómo se le ocurrió lo de la invasión? No se le había ocurrido, no era resultado de conjugar los datos y obtener la respuesta en automático; no, más bien sintió que eso era lo que estaba pasando, un presentimiento encontrado, algo dentro de él mismo le decía que eso pasaría, así, sin más. No era partidario de las historias de ciencia ficción, pero algo le decía que la vida real en ese preciso momento rebasaba cualquier imaginación inventiva. De repente, se vio a sí mismo de una manera tan honesta que le causó vértigo. Solo en el mundo desde que sus padres fallecieron en un incendio. Se había abierto paso a pulmón como se decía, muchas cosas de la vida dejaron de sorprenderle, mas no la aborrecía. Se sentía satisfecho de lo que había logrado

por cuenta propia, eso era meritorio. Buscó entre sus recuerdos, el más bonito que tenía de su exnovia Denisse: aquella tarde en que ella usaba un primaveral vestido blanco, el verde de sus ojos saltando de su cara y su perfecta sonrisa. Denisse ya no estaba. Se fue por su culpa, por darle más tiempo al trabajo y no reservar un poco para ella. Aunque su reputación como analista era incuestionable, las condiciones de su vida privada y amorosa eran deplorables.

El Dr. Herrera interrumpió el autoanálisis:

—¡Leonardo! He hablado con el ministro de gobernación, debemos irnos de aquí. Hay nuevos datos, hace unos pocos minutos el asteroide ha dejado de tener desprendimientos, no se ha movido de lugar; sin embargo, los últimos cayeron a unos kilómetros de donde se registraron los primeros. Creo que el ciclo que mencionaste de 24 horas se ha cumplido. Todas las dependencias están evacuando sus instalaciones. Debemos irnos a casa y esperar los comunicados oficiales. Daré el aviso, espero que no haya ataques de pánico y podamos marcharnos en paz. Estaremos en contacto por teléfono. Avísame si deduces algo más; cualquier cosa, házmela saber. Nos retiramos, este asunto queda en manos de Seguridad Nacional.

Leonardo no dijo nada, el silencio era elocuente. Se despidió del Dr. con un apretón de manos, el director le dio una palmada en el hombro antes de darse media vuelta y enfilar hacia su oficina. Leonardo se dirigió presuroso al estacionamiento, bajó las escaleras de a dos peldaños y llegó hasta su automóvil, un Maverick que él mismo había restaurado en sus tiempos libres.

Mientras llevaba el motor del Maverick al tope de revoluciones, Leonardo pensaba en la vida de aquel

hombre que iba sentado a su lado. Héctor, ese era su nombre. Trataba de encontrar algunas palabras que no le hicieran entrar en pánico o que tuviese una reacción desesperada, después de todo, en los casos de emergencia, siempre son prioridad los más allegados: los hijos, la esposa, la familia.

—Héctor, debo decirle algo. Las próximas horas serán de mucha presión, quizás ocurra un hecho sin precedentes, quizá no ocurra nada, no lo podemos saber. Lo que sí sabemos es que debemos extremar precauciones, prepararnos para cualquier acto que atente contra nuestra seguridad, tanto personal como a nivel comunitario. —Héctor escuchaba con atención intentando adivinar hacia dónde iba este hombre con sus palabras—. Tómelo con mucha calma, es posible que estemos siendo invadidos por extraterrestres. —dijo Leonardo, mientras buscaba los ojos de Héctor aventurándose a adivinar la respuesta.

—Si lo que me está diciendo fuese una broma de mal gusto, le pediría que detuviese el vehículo para bajarme y le recomendaría un psiquiatra, pero veo en usted una total y alarmante sinceridad. Le creo, no soy una persona escéptica y siempre estuve al margen de que el planeta Tierra no era el único lugar en el vasto universo que estuviese habitado. —Ahora Leonardo lo miraba de manera atenta, tanto como le permitía el camino sostener la mirada en Héctor—. Supongo que usted sabe todo esto porque trabaja en el observatorio, ¿no es así? —El analista asintió con una leve inclinación de cabeza y un parpadeo alargado—. Por un rato, los dos permanecieron sin decir palabra, con la vista fija en el tramo de asfalto que los faros del veloz automóvil iluminaban.

Esta vez no se trataba de una espectacular e

inofensiva lluvia de estrellas, tampoco era el final que anunciaban las profecías; no era el caprichoso castigo proveniente de un dios voluble, ni el deseo vehemente de un gobierno por someter a sus políticas al resto del mundo. Esta vez se trataba de algo real, que indicaba que los fallidos simulacros de coexistir en un planeta se verían en su totalidad descartados por la intervención de seres ajenos. Como había dicho Leonardo, cada minuto elevaba la presión y como en una olla exprés, llegaría el momento de la necesaria liberación.

Leonardo tomó el sofisticado aparato instalado en su auto, un teléfono portátil. Por un momento vaciló. A la única persona que podría llamar era a Denisse. Marcó el número con la esperanza de que ella levantara el teléfono. Un tono, dos tonos, tres tonos. No contestó. No estaría en casa. Iba a colocar el auricular en su lugar, en cambio, se lo ofreció a Héctor.

—Llame a su familia, Héctor —dijo alcanzándole el dispositivo.

—Claro, muchas gracias. Vaya, este auto tiene más sorpresas que solo una estupenda carrocera —comentó Héctor—. Leonardo esbozó una sonrisa. Todos en la oficina admiraban lo bien cuidado y equipado que estaba su auto; sin embargo, en ese momento, la tensión demeritaba todo halago hasta convertirlo en futilidad.

—Lucía, amor, ¿cómo están? —No esperó la respuesta, continuó con tono apresurado—. Cierren bien puertas y ventanas, dile a Daniela que te ayude, aseguren la casa como si fuésemos a salir de vacaciones. Llegaré en cualquier momento. Por favor, no salgan a la calle, manténganse informados con el televisor o la radio. — Bajó el ritmo de su voz para decir, como una sentencia—: No olviden que los amo.

Al otro lado de la línea, Lucía solo tuvo tiempo para asentir con monosílabos, conocía a la perfección a Héctor y sabía que se trataba de un asunto al que no debería restarle seriedad. Avisó a los chicos que su padre estaba bien, dio las instrucciones y los tres iniciaron la tarea de aseguramiento. Después de eso, se sentaron a esperar.

Los neumáticos del bólido se aferraron al asfalto provocando una espontánea nube apestosa a caucho quemado. Leonardo había aplicado el freno al fondo, el auto coleó un poco y se detuvo al paso de un soldado que le hacía una señal para detenerse. Su cara lucía una expresión inquietante, sin aliento, le dio aviso al conturbado conductor:

—¡Váyanse de aquí! ¡Huyan! ¡Amenaza presente, peligro inminente!

El analista dejó escapar su exhalación muy despacio. El plazo se había cumplido.

El asteroide era una nave nodriza camuflada con materia de un planeta oscuro, ubicado más allá de donde telescopios e instrumentos pudiesen tener alcance para ser detectado. Durante las 24 horas posteriores a su detección en la exósfera terrestre, fue capaz de medir la velocidad de rotación para ir "sembrando" meteoritos que, al impactarse en suelo terrestre, registraban la composición química del planeta para hacer de él el alimento a nivel molecular que les mantendría vivos y perpetuaría su existencia por encima de cualquier galaxia conocida. En el primer minuto, posterior al término de los últimos meteoritos impactados, comenzaría la invasión sistemática del planeta azul, una invasión crucial para ambas especies.

El pelotón del ejército, que custodiaba el fragmento

caído en la procesadora de alimentos, se puso en alerta cuando empezaron a oír un zumbido grave algunas octavas abajo de lo que el oído normal puede escuchar, un sonido bajo que cesó con un sólido crujido, como cuando se pisa una hoja de cristal no muy gruesa. Se colocaron en formación apuntando sus armas, dispuestos a disparar a la menor percepción de amenaza. No hubo tiempo para reaccionar, inmediato al crujido, una forma irregular semejante a una desmesurada ameba ondulaba sobre el ambiente, era de un color naranja encendido, casi fluorescente, dejó a los soldados atónitos, admirados de contemplar una forma de vida muy diferente a cualquiera de la que se haya tenido registro sobre la tierra. Los segundos posteriores a la desencapsulación transcurrieron en profundo silencio. El estrépito de las detonaciones hizo que se descongelara el tiempo. Los impactos de bala de diferentes calibres en aquel ser de plasma se desintegraban en microscópicas partículas que eran absorbidas de inmediato por el cuerpo del extraterrestre. Un osado soldado se aproximó a la criatura y disparó a quemarropa sin causar ningún daño, en cambio, sus compañeros pudieron apreciar cómo ante sus ojos, el valiente soldado era disminuido a pequeños, pero muy pequeños gránulos que eran aspirados por el alienígena. Arremetieron con otra descarga de disparos, pero al igual que la primera ráfaga, no disminuían al ahora declarado enemigo. En un movimiento, como si de una secuencia de animación de Tex Avery se tratase, el extraño cuerpo desintegró, en cosa de segundos, a un grupo de soldados que, ante la rapidez del ataque, ni siquiera comprendieron qué estaba pasando. El comandante del pelotón dio la orden de retirada ante el fracasado intento de contener a la

criatura. Los soldados acostumbrados a enfrentar a cualquier enemigo fueron presa de pánico y huyeron de forma desordenada corriendo en medio de las estrechas calles aledañas a la procesadora de alimentos.

Los neumáticos del bólido se aferraron al asfalto, provocando una espontánea nube apestosa a caucho quemado. Leonardo había aplicado el freno al fondo, el auto coleó un poco y se detuvo al paso de un soldado que le hacía una señal para detenerse. Su cara lucía una expresión inquietante, sin aliento, le dio aviso al conturbado conductor:

—¡Váyanse de aquí! ¡Huyan! ¡Amenaza presente, peligro inminente!

El analista dejó escapar su exhalación muy despacio. El plazo se había cumplido.

Aunque Leonardo tenía una mente analítica y se había entrenado para conservar la calma ante cualquier situación que estuviera fuera de los límites de la normalidad, sintió un bloque pesado en su garganta, asfixiante, aplastante y una enorme pesadez en el estómago. Sintió miedo. Héctor miraba hacia el otro lado de la calle, en sentido opuesto a donde provenía la fuga de los militares. Vio a lo lejos una mancha naranja que poco a poco aumentaba de tamaño conforme avanzaba por la calle iluminada. Ambos hombres contemplaban y especulaban a su manera sobre lo que pasaría cuando el invasor los alcanzara.

Alrededor del mundo no ocurría nada diferente a lo que se estaba viviendo en la localidad de Leonardo y Héctor; el infortunio cayó como una pesada losa sobre la esperanza de combatir y vencer a los invasores. En la práctica, otros ejércitos habían intentado con diferentes armas, con la máxima potencia de fuego, sin resultados a

favor. En la tierra no había armamento que pudiera detener aquel asalto interestelar. Esta vez no había héroes que descubrieran por accidente cómo eliminar a aquellas criaturas. A vista de pájaro, los extraterrestres estaban exterminando a la raza humana de forma metódica, sin cesar. La ola naranja inundaba cada vez más el territorio poblado.

Leonardo reaccionó y viró el Maverick a la derecha, pisó el acelerador a fondo intentando ganar tiempo poniendo distancia entre ellos y la criatura. Los nudillos se le pusieron blancos por la fuerza que hacía al apretar el volante. Héctor, por su parte, se sentía acongojado, asustado, desconcertado por lo que acababan de ver: el Ejército de la Nación huyendo. Eso significaba solo una cosa, que pronto iban a morir. El analista echó una mirada a su reloj, habían pasado poco más de 24 horas desde el inicio... desde el inicio del fin. Intentaba decirle algo a Héctor, pero no lograba ordenar sus pensamientos. En la mirada de Héctor había algo muerto, tanto como sus ganas de hablar. Estaban huyendo, pero ¿por cuánto tiempo lo harían?

Leonardo hundió a tope el acelerador, la calle era un desierto, como pronto lo sería todo el planeta. Haciendo un acto de increíbles reflejos, dio vuelta a la izquierda para esquivar el cuerpo naranja de un invasor, solo para encontrarse a otro a pocos metros, ya sin oportunidad de maniobrar para escapar. Ocurrió en cámara lenta, el cofre del Maverick desapareció ante sus ojos como un castillo de arena que se derrumba grano a grano sobre la playa por acción del agua. Leonardo se despidió de Denisse apretando los párpados y las quijadas, le deseó el menor de los sufrimientos. Héctor, por su parte, tuvo un último pensamiento para sus hijos y su esposa.

También pensó antes de perderse en el naranja eléctrico:
"Esta película no la había visto".

La faz de la Tierra lucía diferente esa noche: invadida por nubes de color naranja que devoraban todo a su paso.

Llegó la hora 25 y la raza humana dejó de existir.

¡OS QUEDARIS
SOLOS!



ANTONIO AGUILAR MARTÍ

¡OS QUEDÁIS SOLOS!

Antonio Aguilar Martí

El mundo entero se paralizó aquel 24 de febrero de 2023, día de san Modesto de Jerusalén, cuando el primer mensaje de los marcianos llegó de repente, sin avisar. Los gobiernos no pudieron mantenerlo en secreto, todo lo contrario, porque nuestros vecinos en el sistema solar intervinieron las líneas y el mensaje se emitió directamente en todas las televisiones y radios del mundo, en todos los idiomas posibles, avisando de su visita y de sus intenciones pacíficas. Con tres meses de antelación, propusieron fecha y lugar y, con puntualidad exquisita, el 24 de abril, a las 12:00 h, un platillo volante marciano aterrizó ante el edificio de la ONU en Nueva York. El primero en salir se presentó como Delegado Marciano para Asuntos en la Tierra, el DMAT, pronunciado "démat", popularmente conocido como "el delegado". Su trabajo durante las siguientes semanas fue viajar por todo el planeta para tranquilizar al mundo entero y demostrar la buena voluntad de los marcianos.

Al cabo de este tiempo, hizo su primera petición:

—Estamos seriamente interesados en los vertidos de sus ciudades. Tenemos tecnología para convertirlos en fertilizantes, muy necesarios en nuestros planetas agrícolas —expuso—. Y presentó un proyecto a nivel mundial de depuradoras urbanas que convertirían las

aguas fecales en el abono tan anhelado. El plan era sencillo: se llevaban nuestros desechos y dejaban manantiales urbanos de agua pura y cristalina. Se les dio carta blanca y demostraron que habían hecho sus deberes. Fueron directos al grano y antes de 6 meses ya había 25 proyectos en marcha repartidos por las principales ciudades del mundo. Todo parecía ir bien, pero se detectó que los ciudadanos de dichas ciudades ya no usaban los sanitarios para sus deposiciones. Usaban bolsas de plástico que tiraban a la basura en el mejor de los casos, la gran mayoría las dejaba en la calle sin mayor miramiento.

Se inició una investigación.

—Los marcianos usan los vertidos para robarnos el ADN —decía la gente asustada.

El bulo era imparable y ya podía esforzarse el delegado creando una comisión de sabios, que la ciudadanía no solo no le creía, sino que empezaron a atacar y volcar los cargamentos de fertilizantes.

Junto a esta creencia, apareció otra:

—Las naves marcianas están contaminando de radiaciones la atmósfera del planeta. ¡Nos están envenenando!

El delegado reunió a su comisión de sabios y demostraron que los transportes no eran de energía nuclear, eran simples y poderosos motores de explosión, como los nuestros, y el combustible lo traían ellos de sus naves nodriza, sin utilizar para nada las reservas de combustible fósil del planeta. Nadie le creyó y se paralizaron todas las actividades marcianas en la Tierra. Un mes entero estuvo el delegado entrevistándose con los mandatarios de los principales países en los cinco continentes. A todo aquel que le apoyaba, se le tachaba

de "amarcianado" y llegó el punto en que la situación se bloqueó sin remedio.

Se creó otra comisión y, una vez más, el delegado tuvo que explicar sus intenciones. Las conversaciones cesaron cuando un comisionado gritó alto y claro:

—¡Sí queréis nuestra caca, pagadla!

Llegado a este extremo, el delegado levantó ambos brazos al techo y de un solo golpe partió la mesa de mármol rosa de más de 8 cm de espesor a la que estaba sentado. Se puso en pie por primera vez se dieron cuenta de que medía más de 2 metros y todo el mundo escuchó su proclama:

—¡Condenados inútiles! ¡Quedaos con vuestra caca!

Abandonó el salón masajeándose las sienes de la cabeza y murmurando por lo bajo. Los que estaban más cerca aseguran que repetía una y otra vez:

—Me lo habían advertido. Me lo habían advertido. Son imposibles.

Salió a la calle, montó en su vehículo y desapareció sin dar más explicaciones. Al día siguiente, empezaron a desmontar las depuradoras marcianas. En una semana, habían desaparecido todas, excepto la primera, el modelo piloto. Solo dejaron la estructura. Llegó el fin de mes y todos los que habían trabajado en las depuradoras, en el transporte de fertilizante, en los aeropuertos de las naves espaciales... en cualquier área relacionada con los marcianos, recibieron una indemnización por despido improcedente, pagada con el fondo de garantía salarial creado por los propios marcianos.

Y así, sin más, apenas un año después de que el primer platillo volante aterrizara ante las Naciones Unidas, los marcianos desaparecieron de la Tierra. Únicamente quedó un mensaje de voz que estuvo

apareciendo sistemáticamente en todas las cadenas de radio y televisión, en todos los idiomas posibles. Era la voz del delegado. Venía a decir algo parecido a esto:

—Terrícolas, nos vamos y nos llevamos nuestras depuradoras, excepto la primera de todas. Podéis conservarlas como recuerdo de la que pudo haber sido vuestra mayor aventura. No temáis por vuestro ADN. Está a salvo. Os garantizo que nadie va a acercarse por este rincón de la galaxia y, sin nuestra ayuda, no podréis llegar más allá de la Luna; en otras palabras, os quedáis solos en vuestro planeta. Es un buen planeta. Cuidadlo, prosperad y memorizad bien lo que os digo: Os quedáis solos.



ROJA Y G:

CAZARRECOMPENSAS, CAOS Y DESTRUCCIÓN

RODRIGO MAXIMILIANO NEIRA

ROJA Y G: CAZARRECOMPENSAS, CAOS Y DESTRUCCIÓN

Rodrigo Maximiliano Neira

Caperucita Roja y Gretel vivían de las recompensas que cobraban por la captura de los múltiples villanos que pululaban por la ciudad. Bueno, capturar es una forma de decir porque siempre mataban a todos; era raro que dejaran a sus presas con vida. Para algunos de sus colegas, sus métodos eran bastante cuestionables; sin embargo, su tasa de éxito era la más alta. Su lema era: "Si Barba Azul o el Ogro Mago no tienen piedad, ¿por qué nosotras deberíamos tenerla?".

Caperucita Roja, más conocida como Caperucita o simplemente Roja, llevaba un pequeño arsenal bajo su capa. Sus armas preferidas eran su revólver Lobo Feroz y su enorme rifle plegable Abuelita, que llevaba colgado en la espalda. Y Gretel, a quien todos llamaban G, se lanzaba de cara al peligro y no le importaba ensuciarse. Repartía estocadas y cuchilladas con su excepcional espada Bebedora.

Las noches de Halloween eran las más fructíferas para ellas. Por alguna razón, todos los villanos decidían salir a hacer de las suyas al mismo tiempo. Esas noches podía pasar cualquier cosa, como la vez en la que

Morwen la negra y su aquelarre decidieron abrir una puerta al infierno en medio del parque de juegos. En el instante en que la puerta infernal se abría, un descontrolado gigante de hierro que había creado el loco profesor Kratz apareció de repente, colisionó contra el portal y lo hizo explotar. Como resultado, Caperucita y Gretel tuvieron que lidiar contra una horda de demonios acorazados en una batalla que fue inmortalizada en canciones de taberna.

Esta nueva noche de Halloween no sería la excepción. Habían leído un anuncio de recompensa que decía:

"Cargamento de objetos mágicos robado. Recompensa por su devolución y la captura de los ladrones, vivos o muertos".

Caperucita y Gretel no tardaron en encontrar a los culpables. Por la cantidad y el tamaño de las huellas que encontraron en la escena del crimen, supieron de inmediato que los culpables habían sido siete enanos. Siguieron el rastro hasta un caserón cerca de las montañas. Traspasaron un destrozado portón de madera y vieron un camino de grava blanca que llevaba hasta el edificio. La calle estaba flanqueada con antorchas decoradas con calabazas talladas y calaveras que iluminaban todo el recorrido hasta la puerta.

—¡Ey! Me gusta cómo decoraron este lugar — admitió Caperucita mirando alrededor mientras caminaban hacia la casa—. Es muy Baba Yaga. ¿Recuerdas cuando fuimos a verla, G?

—Que si me acuerdo... —Gretel miró a su amiga con los ojos entornados y se señaló el pecho—. ¡Todavía tengo la cicatriz, Roja!

—¡Bueno, mejor eso que muerta, G! —se quejó

Caperucita con brazos en jarra—. Bien, ya llegamos.

Gretel se acercó a la puerta para tocar el timbre, pero antes de que siquiera pudiera levantar un dedo, Caperucita desenfundó a Lobo Feroz y disparó dos veces al aire. En lugar de explosiones, se oyeron aullidos lobunos.

—¿Alguna vez vas a dejarme llamar a una puerta?

—Vas a tener que ser más rápida para llamar, G.

Gretel rodó los ojos y exclamó:

—¡Oigan, enanos! ¡Entréguense por las buenas y eviten morir innecesariamente!

—¡Ya quisieras, maldita cazarrecompensas! —le respondió una voz que venía del primer piso del caserón.

Las chicas retrocedieron unos metros para ver quién les hablaba. Arriba había un balcón y una ventana, detrás de la cual estaba parado un enano barbudo.

—¡Sabemos quiénes son! —prosiguió el enano—. Fue muy fácil atra...

—¡Blá, blá, blá! —lo interrumpió Caperucita, mientras hacía muecas y movía su mano como si fuera un títere—. ¡Aburridooo! ¿Se van a esconder o van bajar a pelar?

—¡Nosotros no nos escondemos! ¡Eins, a ellas!

Un instante después, unos pasos pesados, seguidos por un estremecimiento de tierra, se aproximaron a la puerta desde el lado de adentro: esta fue arrancada de los goznes y lanzada por los aires, dejando en su lugar una enorme abertura. En el umbral apareció un enano que llevaba calzados un par de guantes de obra gastados. Dio unos puñetazos al suelo, hendiéndolo. Luego, soltó un grito de guerra y cargó contra las chicas.

Gretel desenvainó a Bebedora, la empuñó con ambas manos y esperó y observó los movimientos del enano.

Detrás de ella se escuchó un aullido y Eins cayó abatido de un disparo en el pecho.

—¡Roja, maldita sea, era mío! —chilló Gretel.

—¡Perdón, no vi que tuviera tu nombre, G! —replicó Caperucita y se encogió de hombros.

Mientras discutían, el furioso enano seguía dando órdenes.

—¡Zwei, Drei!

Una descarga eléctrica golpeó el suelo cerca de los pies de Caperucita, que dio un respingo y trastabilló. A continuación, dos enanos se lanzaron desde el primer piso: Zwei, que empuñaba una chisporroteante varita azul, y Drei, que llevaba puesto un caso de seguridad amarillo y sostenía un pico de mano.

—¡Mira, G, ahí tienes dos más! —advirtió Caperucita—. Para que no sigas quejándote. Pero el insolente de la varita es mío.

Apuntó y disparó los últimos tres proyectiles aullantes contra Zwei. Pero Drei saltó e interceptó las balas con la cara, que no le hicieron ni un rasguño. Esa cobertura le dio a Zwei el tiempo suficiente para lanzarle otro rayo a Caperucita, este la golpeó en el pecho y la derribó, dejándola aturdida e inmovilizada.

Al mismo tiempo que Caperucita caía, Gretel arremetió contra Drei con una serie de tajos y estocadas que el enano no se molestó en bloquear. La hoja no parecía afectarle, era como intentar cortar una roca.

Drei contraatacó de inmediato. Gretel bloqueó tres golpes y pateó al enano cuando estaba por lanzar el cuarto, este cayó hacia atrás dando unos tumbos. Un segundo después se oyó un chisporroteo y un rayo se dirigió hacia Gretel. La chica lo bloqueó con su espada y la hoja absorbió la descarga. De inmediato, Gretel

apuntó a Bebedora hacia Drei, que estaba levantándose, y le disparó el rayo que había atrapado. El enano quedó tendido en el suelo, aturdido.

Acto seguido, Gretel giró en dirección a Zwei y corrió a buscarlo. Alarmado, este solo atinó a lanzar otro rayo, pero Gretel nuevamente lo absorbió con su espada y se lo arrojó de vuelta. El enano quedó inmovilizado y Gretel lo decapitó de un tajo. A continuación, se acercó a Caperucita.

—Roja, arriba. Vamos —le dijo y le tendió una mano.

—¿Qué pasó, G, ya los mataste? —le preguntó Caperucita al ponerse de pie.

—No, el del casco es inmune a los golpes. Y parece que es bastante resistente en general.

Drei había salido de su aturdimiento y estaba corriendo hacia las chicas, gritando y blandiendo el pico de un lado a otro.

—Entonces voy a usar a la Abuelita —sentenció Caperucita. Enfundó el revólver bajo la capa y se descolgó el rifle de la espalda.

—Eso... Puede que funcione. Yo voy a entretenerlo mientras lo despliegas —anunció Gretel y arremetió contra el enano que se dirigía hacia ellas—. ¡Y dale en el casco!

Mientras Gretel chocaba contra el robusto cuerpo del enano y se enzarzaba en una inútil pelea, Caperucita desplegaba a la Abuelita. Una vez extendido, el rifle casi la duplicaba en tamaño. Luego, buscó bajo su capa y extrajo una bala del tamaño de una zanahoria. Y a la vez que cargaba el arma dijo para sí:

—«Pero, Abuelita, qué cañón tan grande tienes». — Se apoyó la culata en el hombro y apuntó a través de la

mira telescópica—. «Es para matarte mejor». A ver si es inmune a esto también. ¡G, a un lado!

El disparo produjo una explosión sónica que resonó en toda la propiedad, hizo temblar la tierra y reventó los cristales de todas las ventanas. Golpeó el casco, lo partió en dos y continuó su trayectoria a través de la casa, dejando a su paso un boquete del tamaño de un barril. Sin embargo, el enano resultó ileso, aunque quedó atontado por el golpe. Gretel aprovechó ese momento de indefensión y lo decapitó con un corte limpio.

—Dos a uno —anunció Gretel.

—¿A que llevamos la cuenta? —Caperucita enarcó una ceja y se apoyó el rifle en el hombro.

—¡Nooo! —Se oyó la furibunda voz del enano desde el primer piso—. ¡Vier, Fünf, Sechs!

Y todo lo que pasó a continuación sucedió al mismo tiempo.

En la baranda del balcón asomó un enano con una guitarra eléctrica y comenzó a tocar un veloz riff de thrash metal.

Desde el agujero de la puerta apareció corriendo un enano, vestido con una capa verde, que arrastraba dos picos en una mano. Al traspasar el umbral, se cubrió la cabeza con la capucha de la capa, creció hasta el doble de su tamaño y empuñó un pico en cada mano. Y cargó contra las chicas.

Detrás de este último salió un tercer enano. Cargaba una canasta de mimbre llena de conos de pino.

Al ver esto, Gretel se puso en guardia, espada en alto, y esperó y observó al enano gigante. Por su parte, Caperucita se apresuró a recargar a la Abuelita, pero ni siquiera llegó a apuntar. Desde el mástil de la guitarra brotó un pentagrama musical, cuyas líneas, como si

fueran sogas, ataron a Caperucita, dejándola incapacitada. El rifle cargado cayó al suelo.

—¡Geee! —chilló Caperucita, inmovilizada, mientras las líneas del pentagrama la izaban.

—Roja, maldita sea, ¿puedes intentar esquivar lo que te lanzan?

—¿¡Puedes dejar de quejarte y venir a ayudarme!?

Gretel atinó a correr para ayudar a su amiga, pero Fünf, el enano gigante, le cortó el paso, golpeando el suelo con uno de los picos que empuñaba. Y detrás de este, Sechs, el que llevaba la canasta con conos de pino, agarró uno y lo lanzó. Al tocar el suelo, explotó como una granada y obligó a Gretel a retroceder.

Vier, el enano guitarrista, cambió a un riff más lento, esto hizo que las líneas del pentagrama azotaran a Caperucita contra el suelo. Enseguida volvió a tocar un riff rápido y las ataduras izaron de nuevo a la chica.

Fünf cargó contra Gretel. Sechs tomó otro cono y apuntó a la apresada Caperucita, que era azotada otra vez contra el suelo.

—¡Geegh!

Gretel no titubeó y corrió hacia su amiga al tiempo que Sechs lanzaba el cono explosivo. Lo golpeó con la espada y esta absorbió la energía de la explosión. Y a continuación exclamó:

—¡Ahora todo depende de ti, Roja!

Y acto seguido, arrojó a Bebedora hacia el balcón del primer piso. En el momento en que Gretel soltó la espada, Fünf, que no la había perdido de vista, le asestó un brutal golpe con el pico en medio del pecho. La violencia del golpe la empujó varios metros en el aire, hasta que cayó como una muñeca de trapo, con el torso perforado, muerta.

Al mismo tiempo, Bebedora, cargada con la explosión, se clavó en el pecho de Vier, que estalló en cientos de pedazos junto con la guitarra eléctrica. Las ataduras de Caperucita desaparecieron y ésta, adolorida, pero sin perder un segundo, rodó hacia atrás, se paró de un salto y retrocedió, justo a tiempo para esquivar otros conos explosivos.

Fünf fue a buscarla, los picos en ambas manos, y Sechs agarró más conos.

Con un rápido movimiento de manos, Caperucita desenfundó a Lobo Feroz, lo recargó con un nuevo juego de municiones, diferentes, y disparó tres veces a Sechs. Cuando las balas impactaron, el enano ardió en llamas y soltó la canasta para intentar apagarse. Al caer la cesta, todos los conos detonaron a la vez. El enano fue destrozado por la enorme explosión, que provocó un hongo de humo negro y dejó un inmenso cráter en el suelo.

La humareda cegó a Fünf por unos instantes, hasta que logró salir de ella. Pero, para su desgracia, Caperucita lo estaba esperando. Recibió tres balazos flamígeros en la cara. Su cabeza se convirtió en una llamarada y el enano gigante cayó de espaldas, abatido, y volvió a su tamaño normal.

Caperucita buscó a Gretel: la divisó no muy lejos de donde ella se encontraba ahora. Se acercó rengueando.

—Ay, G... Lo siento, amiga. —Caperucita se agachó y volteó a Gretel bocarriba: la chica tenía un agujero del tamaño de un puño en el tórax—. Sé cuánto te duelen estas cosas.

Caperucita se levantó, expulsó los casquillos usados de la recámara del revólver y a continuación buscó bajo su capa: extrajo una bala roja cuya forma recordaba al

dibujo de un corazón. Cargó a Lobo Feroz con ella y le disparó a Gretel en el pecho. Pero no le causó ninguna herida, sino que tuvo el efecto contrario, y la lesión infligida por el pico comenzó a cerrarse. Y al instante, Gretel despertó tomando una gran bocanada de aire.

—Usé la última «Bala de amor verdadero» —le informó Caperucita y le tendió una mano—, así que intenta no morirte de nuevo.

—Gracias, Roja. Lo tendré en cuenta —respondió Gretel con voz ronca mientras se ponía de pie.

—Por cierto, G, eso va a dejar otra cicatriz —le dijo Caperucita señalándole el pecho.

—Bueno, mejor eso que muerta, ¿cierto? —Gretel sonrió y Caperucita asintió.

Ambas dieron un vistazo alrededor y observaron los estragos que habían causado: la baranda y ventana del primer piso, destruidas; y el caserón lucía aún más ruinoso que cuando llegaron. El suelo estaba lleno de cráteres producto de las explosiones, con la grava dispersa por todas partes y enanos y pedazos de ellos desperdigados por todas partes.

—¡Guau, Roja! Esta vez sí te pasaste —reconoció Gretel. Luego empezó a caminar hacia la casa mirando hacia abajo, buscando algo.

—¡Ey, la del balcón fuiste tú! —se atajó Caperucita—. Por cierto, vamos tres a tres.

—El último desempata. ¡Ah, aquí estás! —Levantó a Bebedora y la apuntó hacia el balcón destruido.

Caperucita buscaba su rifle, pero no alcanzaba a verlo. Debía estar enterrado en alguna parte.

—¡Oye, enano! —exclamó Gretel—. Deberían haberse entregado por las buenas. Además, atacar por separado no fue la mejor de las ideas.

La cabeza del enano se asomó por el balcón.

—Son tan implacables y despiadadas como dicen los rumores. ¡Y también tramposas! —Las chicas se miraron y arquearon las cejas—. ¡No se hagan las tontas! ¡Tú deberías estar muerta! —Señaló a Gretel.

—¡Ah, eres un llorón! —lo acusó Caperucita—. Los objetos de resurrección no son difíciles de conseguir. Si ahora mismo fueras a comprar uno, podrías revivir a to... —Observó a los enanos: dos decapitados, dos despedazados, uno con la cabeza incinerada y otro con un tiro en el pecho; señaló a este último—. Vaya... Bueno, creo que solo podrías revivir a ese.

El enano se irguió de repente.

—¡No toleraré más insultos! —bramó señalándolas, la barba ondeando en la brisa—. ¡Yo, Seite, las mataré y vengaré a mis hermanos! —Alzó una mano, revelando un orbe gris vítreo—. ¿Querían pelear con todos al mismo tiempo? Pues así será.

Seite saltó del balcón con el orbe en alto... y quedó suspendido. Desde la esfera, surgieron cientos de rayos plateados que golpearon a todos los enanos y los fragmentos de estos. Luego, cada una de esas partes empezó a ser atraída hacia Seite. Se juntaban y apilaban como una pasta, que se aglutinaba y mezclaba, como si estuviera siendo amasada por unas invisibles manos gigantes, hasta formar una uniforme masa carnosa cuasi humanoide de cinco metros de altura.

—Eso... es lo más asqueroso que he visto en mi vida —admitió Gretel y se puso en guardia, empuñando a Bebedora con ambas manos—. Y eso que hemos visto muchas cosas asquerosas.

—Es una hamburguesa... no, un gólem de enanos. Es horrible, absolutamente horrible. Y fascinante. ¡Hay que

matarlo! —sentenció Caperucita y prosiguió a recargar a Lobo Feroz con municiones aullantes.

Vació el tambor del revólver en una rápida sucesión de disparos. Los impactos causaron heridas severas, pero se cerraron al instante. Una maraña de rayos plateados mantenía la carne en su sitio.

Caperucita empezó a recargar a Lobo Feroz y en ese instante el gólem de carne dio un paso adelante con el brazo derecho extendido, que comenzó a chisporrotear.

—¡Roja, cuidado! —clamó Gretel y saltó frente a su amiga con la espada en alto. Caperucita se agachó y se hizo a un lado, todavía concentrada en recargar.

Una formidable descarga eléctrica, seguida de un bramido atronador, surgió de la mano del gólem. Gretel lo detuvo y logró absorberlo con Bebedora. El gigante de carne se adelantó otro paso y preparó un nuevo ataque. Gretel contraatacó con su propio relámpago azul: fue un impacto directo al torso. Le arrancó unos buenos pedazos de carne, pero enseguida la red plateada empezó a atraerlos de vuelta al cuerpo. Antes de que la herida se cerrara, Gretel alcanzó a ver algo dentro del gólem.

El gigante ignoró por completo ese ataque y prosiguió con su ofensiva: su objetivo era Caperucita. Otra descarga, seguida de un trueno. Pero Roja ya no estaba en ese lugar y el rayo perforó la tierra, haciendo volar la grava y causando un enorme cráter.

—¡Aquí estoy, idiota! —exclamó Caperucita y disparó seis municiones flamíferas. Estas no le hicieron ningún daño—. ¡Maldita sea! ¿¡G, Por qué lanza rayos!?! —Caperucita corrió hacia otro sitio al ver que el gólem preparaba un nuevo ataque. Se posicionó y disparó seis balas aullantes más, con los mismos resultados que antes.

—¡No lo sé, tal vez asimiló los objetos que llevaban los enanos! —le respondió Gretel, mientras rodaba hacia un lado y esquivaba otro rayo—. Veamos, estaban la guitarra, los conos, el casco, la capa, la varita y los...

Fue interrumpida cuando el gólem golpeó el suelo con su mano, hendió el suelo y produjo una onda expansiva al ras del piso que hizo trastabillar a las chicas.

—...guantes. ¡Roja, Abuelita!

—¡Ya lo sé! ¡Pero no sé dónde está!

—¡Búscala, yo me encargo del enano gigante!

—¡Está bien! ¡Solo trata de no morir de nuevo!

—Apresúrate y estaré bien.

Caperucita corrió a buscar el rifle y Gretel, en un acto suicida, arremetió contra el gólem. Pero este la ignoraba por completo, su atención estaba centrada en Roja, quien había insultado a Seite en dos ocasiones. Lanzó otra enorme descarga, pero Gretel se apresuró a interceptarla nuevamente con Bebedora. Giró como una bailarina y expulsó el rayo hacia el torso del gigante. Después, se deslizó bajo este y le cortó las piernas, arrancando pedazos de carne. De nuevo, el tejido plateado volvió a poner todo en su lugar. Antes de que el pecho se cerrara por completo, Gretel otra vez pudo ver algo dentro.

—¡Roja, dispara al centro del torso!

—¡Todavía no la encuentro, Gee!

Ahora el gólem sí centró su atención en Gretel y comenzó a atacarla. Un puñetazo al suelo provocó un sacudón que derribó a la chica y cayó de espaldas. Quedó tendida, mirando al gigante desde abajo, indefensa. Y vio cómo el gigante arremetía de nuevo contra ella con su golpe demoledor.

Mientras tanto, Caperucita buscaba el rifle donde lo

había visto por última vez. Estaba segura de que se encontraba por ahí, tapado de escombros. Al no poder encontrarlo a simple vista, recargó seis nuevas balas aullantes en Lobo Feroz y comenzó a disparar de forma indiscriminada al ras del suelo. Los aullidos producían una ráfaga de viento lo suficientemente fuerte como para dispersar objetos pequeños. Diez tiros después, la culata de Abuelita asomó entre los escombros.

Gretel, en el piso, desesperada, solo atinó a bloquear el golpe con Bebedora. La interpuso entre ella y el puño gigante. La espada absorbió la energía destructiva, pero no el golpe, que dejó a la chica aturdida unos segundos. Se recuperó justo a tiempo para ver cómo el gólem preparaba otro ataque. Actuó rápido, rodó a un lado y se levantó de un salto, al tiempo que blandía a Bebedora y asestaba un tajo; el corte con la hoja cargada amputó la enorme mano. Pero ese último ataque la dejó expuesta y Gretel observó con espanto cómo el otro brazo del gólem chisporroteaba a escasos centímetros de su cara.

Y en ese momento, Caperucita exclamó:

—¡La encontré!

Y a continuación se oyó una explosión sónica y el torso completo del gólem de enanos estalló como un globo relleno de sangre. Solo quedaron las piernas y, sobre estas, el orbe gris vítreo flotando en el centro, disparando rayos en todas direcciones, intentando reunir la carne de nuevo. De inmediato, Gretel saltó como un gato sobre las piernas y tomó impulso en estas para brincar de nuevo y poder alcanzar el orbe con su espada.

En el momento en que la hoja hizo contacto, se oyó un aullido y una bala rozó la esfera, y esta se rompió en mil pedazos.

—¡Roja, maldita sea! ¿Intentabas robarme la presa?

—la reprendió Gretel.

—¡Yo me lo merecía, G! —replicó Caperucita y se apoyó el rifle en el hombro—. ¡Fue gracias a mí que pudimos destruirlo!

—Yo arriesgué el cuello para que pudieras hacerlo y además te dije dónde disparar. Y, por si no lo notaste, ¡yo soy la que está bañada en sangre y carne picada!

—Sí... por cierto que estás casi tan fea como el gólem de enanos. —Caperucita se contuvo la risa.

—¡Ey, eso sí me ofendió! —Gretel intentó parecer seria, pero enseguida soltó una carcajada—. En fin... revisemos si quedó algún objeto en buen estado para cobrar la recompensa.

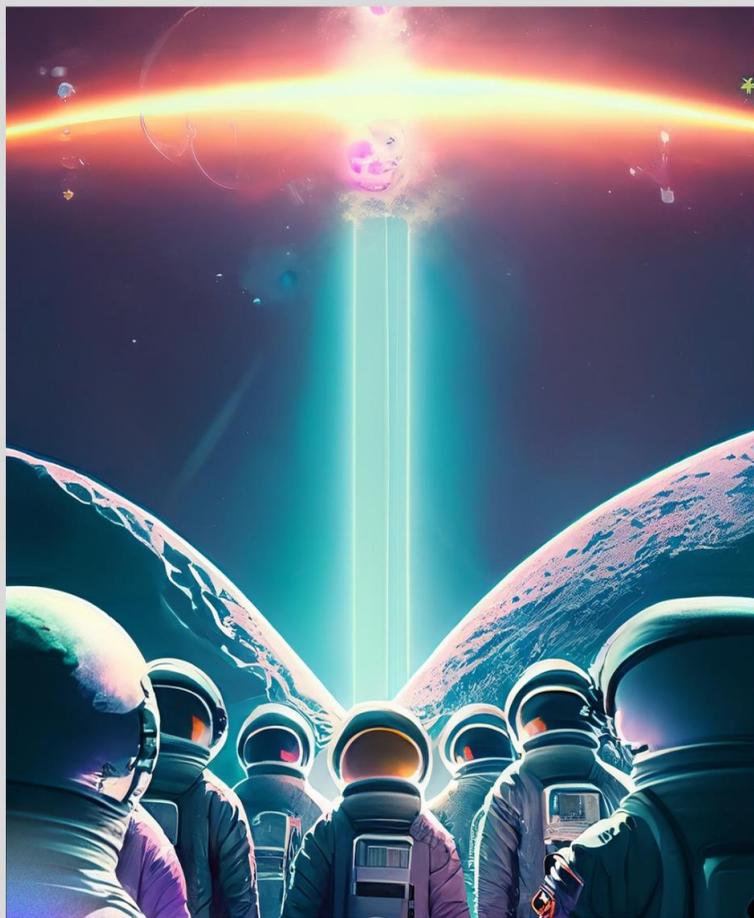
—Al menos la tonta varita seguía funcionando. ¿Y cómo haremos para demostrar que matamos a los ladrones?

—Creo que esto —Gretel extendió los brazos y señaló con la vista su cuerpo teñido de rojo— debería ser suficiente.

Lograron rescatar la varita, uno de los guantes y la capa, que había quedado algo chamuscada. Mientras recorrían el camino hacia la salida, flanqueado con antorchas decoradas con calabazas talladas y calaveras, recordaron el contador de muertes y pasaron horas discutiendo sobre si el haber hecho estallar al gólem contaba como haber matado a todos los enanos a la vez o no.

MISION CORONA-I

CAMINO A ADHARA



Ricardo Andrés Parra Montenegro

MISIÓN CORONA – 1, CAMINO A ADHARA

Ricardo Andrés Parra Montenegro

Habían pasado solo un par de meses desde el incidente de los astronautas, pero aún así seguía vigente, pasándose de voz en voz. Antes de aquel terrible suceso, habían enviado satélites para estudiar minuciosamente aquel planeta misterioso, lo llamaron Adhara, y había mucho que aprender de él.

Gracias a los estudios, se sabía que su masa era la décima parte de la de la Tierra, y que su tamaño era la mitad de este último, muy pequeño pero con grandes misterios por resolver. Se llegó a estimar que su clima era bastante frío por encontrarse a gran distancia del sol; aparentemente inhabitado, pero con unas rocas enormes que eran lo más llamativo de aquel planeta, con un aspecto similar al de las estatuas moái de la isla de Pascua, aunque un poco más pequeñas y con unas inscripciones que seguramente se trataban de runas, cuyo significado aún no estaba claro.

Sumado a lo anterior, se reveló que cuenta con una gran variedad de lunas, las cuales se formaron por el cúmulo de gases y materia que surgieron de aquel planeta. Según los diversos estudios realizados por la NASA, la cantidad era similar a las que tiene Neptuno;

sin embargo, no había más información de aquel planeta, lo que les obligó a enviar una nave con tripulantes.

Siete astronautas fueron enviados a estudiar Adhara. Conforme a los hallazgos recolectados por los satélites, se sabía que un humano podía explorar el terreno, pero para ello requería un traje especial para convertir el aire del planeta en oxígeno respirable.

Gracias a la Red del Espacio Profundo, conocida en inglés como Deep Space Network o DSN, se pudieron obtener imágenes de Adhara, revelando montículos de piedra similares a castillos y las misteriosas runas. Los satélites no pudieron aclarar su origen o fin, y los astronautas tampoco alcanzaron a documentar cuál era el efecto que causaba verlas o estar en contacto con ellas. Además, el material recolectado era de muy baja calidad, por lo que no se podía discernir con certeza lo que sucedía en ese lugar.

Aunque los astronautas contaban con trajes para poder explorar sin inconvenientes, algo acabó con la vida de ellos, pues no se tuvo certeza de si regresarían a la Tierra. Conforme a los hallazgos revelados y sin noticias del grupo que fue enviado a Adhara, y tras una serie de reuniones entre expertos, decidieron enviar una nueva nave, pero esta vez con una tripulación mucho más pequeña.

Sheila Mars, una ingeniera robótica; Bruno Cruz, un ingeniero informático; y Eddie Olivera, un biólogo, fueron los elegidos para realizar esa segunda exploración al planeta Adhara, y todos en la NASA estaban expectantes de lo que lograrían hallar.

Los trajes estaban listos, al igual que la nave. La llamaron Misión Corona1, pues esperaban que tuviera éxito y lograran dar respuestas a la gran cantidad de

interrogantes. Si bien los astronautas cumplían con los requisitos para visitar ese planeta, y cualquier otro, el temor se sentía en todos aquellos a los que les llegó la noticia de la exploración, y no podían evitar estar a la expectativa. Incluso la tripulación elegida también sentía miedo.

Una vez dentro de la nave, se cercioraron de que todo marchaba bien. No había fallas en los controles, el aparato que enviaba la información a la DSN estaba en marcha y funcionando. Incluso aportaron a la tripulación una serie de alimentos para que estuvieran con buena energía y no decayeran, pues el viaje hasta Adhara llevaba mucho tiempo desde la Tierra.

Para nadie era un secreto la relación que tenían Bruno y Eddie. Todos aquellos que conocían a la pareja celebraban su amor y lo tomaban con la mayor tranquilidad. Sin embargo, aquella mañana Sheila pudo darse cuenta de que algo andaba mal.

—¿Todo en orden? —preguntó la ingeniera.

—Excelente —contestó Eddie—, ¿por qué piensas eso?

—Porque... —Un nudo en la garganta se formó en ella; después de la pregunta, se dio cuenta de que había sido muy imprudente indagar en ese tema, al fin y al cabo, no era de su incumbencia, aunque la curiosidad podía más—. Tú y Bruno siempre son alegría y hoy..., la tensión se puede romper con un cuchillo.

—Seguro debe ser por...

—Tripulantes de la nave —le interrumpió una voz robótica que venía de algún lugar sobre sus cabezas—. El despegue está preparado para los próximos dos minutos, por favor ocupen sus lugares y aseguren los cinturones de seguridad, muy pronto comenzará el

conteo regresivo.

—No quiero ser yo quien lo diga —espetó Eddie y acarició su melena rubia, una acción que siempre hacía cuando se tornaba nervioso—, sería mejor que escucharas primero la versión de él.

—No sé si estoy lista para querer saber más —dijo Sheila a su vez, caminó hasta su silla y tomó el mando de la nave—. Hay cosas que son tan evidentes que no las puedes ignorar.

Al otro lado de la pareja que hablaban, se hallaba Bruno, con un aspecto tranquilo, aunque por dentro se sentía como un volcán recién erupcionado. Si algo lo caracterizaba, era que no olvidaba con facilidad y, al tener una discusión con quien pensaba que era el amor de su vida, era una batalla lograr olvidarlo.

Los dos minutos pasaron en un parpadeo. La nave tenía la misma disposición que un avión, Sheila ocupó el lugar del piloto, Eddie de copiloto y Bruno ocupaba una de las sillas del pequeño pasillo que le separaba de la cabina principal.

—Halcón Uno, en posición —indicó Sheila—. Todo listo para despegar.

—Halcón Dos, listo —se sumó Eddie.

—Halcón Tres, asegurado —añadió Bruno, desde su lugar.

—Despegue en cinco..., cuatro..., tres..., dos... Buen viaje —concluyó la voz robótica.

La nave despegó, los aplausos en el centro de control de la NASA se manifestaron y los tripulantes eligieron el silencio mientras sobrevolaban el cielo.

—Será un viaje largo —habló Sheila—, así que me gustaría saber qué pasa entre ustedes dos.

—Pfff —gruñó Bruno y se cruzó de brazos.

Recordar el motivo por el que discutieron el día anterior, le hervía la sangre, pero el azul del cielo hacía que se sintiera un tanto relajado.

—Es bellissimo el panorama, ¿no es así? —preguntó Eddie.

—Si vamos a estar encerrados tres días hasta salir de la tierra, será mejor que comiencen a hablar —protestó Sheila entrecerrando sus cejas.

La mirada inquisitiva de ojos azabache de la chica, hacían que Eddie se encogiera en su asiento. A pesar de que tenía a unos metros de distancia a Bruno, sentía como si lo tuviese a milímetros, respirando sobre su cuello, como aquellos días fríos en los que se acurrucaban en un puf de su departamento mientras tomaban chocolate caliente.

—Qué buenos tiempos —susurró Eddie.

—Si él no hablará, entonces lo haré yo —indicó Bruno en voz alta.

—De acuerdo, te escucho —manifestó Sheila, con la mayor seriedad posible.

—No hemos tenido un día libre desde... Ufff —contestó Bruno—. Diría que, desde hace mucho, perdí la cuenta, el caso es que pensaba pedir unas vacaciones para relajarnos y dedicar tiempo para ambos, pero... Aquí estoy.

—Cariño, lo siento, yo...

—¡Te eligieron a ti! —le interrumpió—. Te eligieron a ti y a Sheila, y tú elegiste por mí, dijiste: si me subo a esa nave tengo que hacerlo con Bruno. Yo no tenía problema con que nos separáramos, de hecho, hubiese sido bueno para olvidar... —Su voz se quebró, se sentía limitado para seguir hablando.

—Lo hice porque no puedo estar lejos de ti —se

excusó Eddie—. Y lo otro, no pensé que lo tomarías tan mal.

—Pensaba quedarme y pedir las vacaciones que tanto ansiaba —continuó Bruno, con lágrimas brotando de sus ojos—. Ahora debemos culminar esta misión para intentar hacerlo, ah, sin contar que no sabemos si saldremos vivos de Adhara.

—Bruno... —pronunció Eddie, un sentimiento de culpa se asomó en su ser.

—¿Hay algo más no es así? —cuestionó Sheila, apartó un mechón pelirrojo que se había salido de su coleta, en aquel justo momento en que volteaba a ver a su compañero.

Bruno asintió.

—Teníamos un dinero ahorrado entre los dos y... —Bruno sorbió su nariz—. El egoísta que ves ahí, se lo gastó comprándose una Nintendo Switch.

Sheila soltó una risa nerviosa, la cual pudo convertirse en carcajada, pero se contuvo.

—Lo siento —pronunció—. ¿Dijiste Nintendo Switch?

—Sí, se compró esa consola con el dinero que se supone que íbamos a usar para las vacaciones, no se lo gastó todo, pero... —Bruno hizo una pausa y miró al techo—. Lo hizo sin consultarme, lo ahorrado era de los dos.

—Lo hice porque te vi emocionado cuando viste el comercial de Juego de Tronos y dijiste: amaría poder jugar ese juego —explicó Eddie—, pero no teníamos la consola y para tener el juego, debía comprar la consola. También compré el juego —dijo mirando a Sheila.

—No lo dije literal —aclaró Bruno—. Hay prioridades.

—Bueno, eso es verdad —habló la chica—. Debiste consultarlo antes de haber hecho esa compra, entiendo que lo hiciste por hacerlo feliz, pero... ¿En serio? ¿Una Switch? ¿Y con juego incluido?

Eddie asintió.

Sheila suspiró, y luego reinó el silencio.

Los tres días siguientes no se tocó el tema de la compra impulsiva de Eddie ni la falta de tiempo por parte de la pareja. Se alimentaron a sus horas, hablaron de diversos temas, entre ellos los preparativos para la boda de Sheila con su novio y los lugares que tenían propuestos para pasar la luna de miel, así como aquellos destinos que Bruno tenía previstos para las vacaciones; aunque este tema era hurgar en la herida, hablar de viajes hizo que surgiera el tema.

—Antes de abandonar la nave —dijo Sheila—, propongo algo: Eddie, pídele perdón a Bruno por la compra que hiciste y por prácticamente obligarlo a venir a esta misión.

—Pero él aceptó —protestó Eddie.

—Sí —contestó la chica—, pero no fue elegido por el capitán, tú sugeriste que viniera y él aceptó para no decepcionarte, ¿no es así? —preguntó y miró a Bruno.

—Algo así —respondió el aludido y suspiró.

—Y tú —señaló al pelinegro—. Perdona a Eddie por haber actuado tan impulsivo y hacer una rabieta por todo esto, entiendo que estás enojado, pero extendiste tu frustración por un día, ya verás que cuando volvamos podrán pedir vacaciones y descansar del trabajo.

—Perdóname —dijo Eddie y bajó la cabeza para enfatizar su error.

—Debiste haberme hablado —expresó Bruno—. Sabes que podemos llegar a un consenso si lo hablamos;

además, hemos trabajado duro, merecemos un descanso.

—El capitán me eligió.

—Porque has hecho un trabajo increíble las últimas semanas —señaló Sheila.

—Tú también lo has hecho —le halagó Eddie de vuelta.

Sheila sonrió y agradeció por aquellas palabras.

Después de las interlocuciones, Bruno y Eddie se abrazaron para limar asperezas, si esa era su última vez viva, debían perdonarse y disculparse mutuamente, cada uno por sus razones en particular. Todo ello, porque no sabían cuál sería el destino de aquella exploración.

Una vez salieron del espacio, pudieron retirarse los cinturones de seguridad. La llegada a Adhara sería mucho más rápida al atravesar la galaxia y los distintos planetas. Se reportaron a la central sin contratiempos y manifestaron la voluntad que tenían de documentar cada paso que dieran una vez llegaran a su destino.

El lugar daba un aire desolador, como si se tratara de un sitio abandonado por el tiempo, aunque en aquel planeta y en la galaxia entera, el tiempo pasaba de una forma diferente. De cualquier forma, un aire de desasosiego invadía al grupo, pues no sabía qué podían encontrar.

La exploración comenzó una vez tocaron el suelo de Adhara. Los astronautas oprimieron un botón que se hallaba a la altura del pecho, el cual activaba una cámara que grababa audio y video. Tal y como se había documentado, a lo lejos se podía observar unos grandes montículos de roca que daban la apariencia de ser castillos; si se trataba de alguna especie de guarida, era un hecho de que había vida inteligente en aquel planeta.

—Estamos acercándonos a las rocas con las runas —

explicó Sheila—. Sin novedades por el momento.

Cuando estuvieron a unos metros de los montículos, una voz femenina se hizo notar casi chillando. Los astronautas giraron hacia el origen de aquel sonido y vieron a una chica, con una ropa deshilachada, su pelo oscuro hecho un caos, cubierto por un casco y manchas de hollín y sangre seca en el rostro, y sus brazos desnudos.

—Tú eres... —pronunció Bruno—. Tú eres una de las astronautas perdidas.

—Deben huir —contestó la aludida—, ellos se acercan.

—¿Quiénes son ellos? —indagó Sheila.

—Los habitantes de Adhara —respondió la mujer herida—. Mis compañeros están muertos, yo logré huir; pero pronto vendrán por mí y..., por ustedes.

—Habla más despacio, por favor —pidió Eddie—, ¿cómo murieron y cómo lograste escapar?

Sheila se separó del grupo como si se sintiera atraída por las rocas, pero la realidad era que la curiosidad podía más.

—No puedo hacerlo, tengo miedo —dijo la astronauta perdida, mirando de un lado a otro con un semblante lleno de temor—. Son las runas. Al verlas, caes en una profunda tristeza, como le está pasando a ella —continuó, señalando a la pelirroja que estaba llorando frente a las rocas—, debemos huir antes de que ellos lleguen.

Eddie se acercó y tomó a Sheila de los brazos, a pesar de que ella luchaba por soltarse del agarre de su compañero. No podían entender por qué seguía llorando, ya que tenían muchas preguntas en sus mentes. El rubio arrastró a la chica en dirección a la nave y Bruno hizo lo

mismo con la recién llegada.

—¿Qué quieres decir con que son las runas las que...? —preguntó Bruno, tratando de procesar lo que había sucedido en los últimos momentos.

—Es una forma de controlar a los seres que se atreven a llegar al planeta —indicó la mujer que había escapado—. Después caes en la locura y no eres consciente de lo que sucede. Si logras salir del trance, si es que no has muerto, te dejan en una especie de celda. Yo estaba encerrada allí, supongo que pensaban convertirme en su cena o algo así, no lo sé.

Justo cuando Bruno estaba por hacer la siguiente pregunta, un grupo de seres se acercó por detrás de la nave, disparando rayos láser en dirección al grupo de astronautas.

Al analizarlos detenidamente, tenían una forma curiosa: su cuerpo estaba cubierto de escamas como un reptil, pero eran una masa rechoncha con unas piernas que asomaban levemente entre las protuberancias que formaban su cuerpo. Vestían capas y cascos en sus cabezas rechonchas, no tenían nariz, sus ojos eran pequeños y una delgada línea hacía de su boca. Tenían toda la apariencia de una rana gigante. Bruno, fanático de La Guerra de las Galaxias, pensó en Jabba el Hutt, ya que tenían una apariencia similar a la de ese personaje.

—¡Son ellos! —gritó la astronauta que no se había identificado.

Estaban a pocos metros de abordar la nave y Sheila poco a poco dejaba de llorar. Aquellas criaturas no dejaban de disparar y el grupo buscaba la forma de esquivar esos rayos, mientras los habitantes de Adhara gruñían de una forma ininteligible.

Finalmente, entraron a la nave moviéndose lo más

rápido que sus cuerpos les permitían. Sheila volvió a su lugar como copiloto, Eddie ocupó su asiento correspondiente y Bruno se aseguró de que la recién llegada se acomodara en una de las sillas más allá de la cabina principal.

—¿Todos están bien? —preguntó Sheila.

—Sí —contestaron los demás al unísono.

—¡Arranca, arranca! —chilló Eddie.

—Esos primos de Jabba nos van a matar —agregó Bruno, y aunque internamente le parecía un comentario divertido, no sonrió debido a la inmediatez de la situación.

A través de las ventanas se podía ver cómo esas criaturas seguían disparando en dirección a la nave. Si continuaban así, podrían causar un gran daño. Sin embargo, la nave logró despegar y los rayos no llegaban a alcanzarlos a esa distancia.

Estaban a salvo.

—¿Por qué estabas llorando? ¿Qué te mostraron las rocas? —preguntó Bruno.

—La muerte de mamá —respondió Sheila.

—¿Tú recuerdas algo? —cuestionó Bruno a la nueva integrante.

—Sí, también fue el momento más doloroso de mi vida —respondió—, pero después de eso, no recuerdo nada. Solo desperté en esa celda.



**CONTROL EN
LA FRONTERA**

OSCAR ADOLFO SANDOVAL ROJAS

CONTROL EN LA FRONTERA

Oscar Adolfo Sandoval Rojas

Luego de dos horas de esperar en fila afuera del puesto de control, finalmente le llegó a Manett el turno de ingresar. En el centro de la puerta metálica de acceso, una pantalla rectangular mostraba un comunicado del Departamento de Migraciones de Postumburgh:

“Debido al incremento reciente en la comisión de actos terroristas que amenazan la seguridad de nuestros ciudadanos, a partir del 30 de marzo de 2050 hemos implementado nuevos protocolos de seguridad para el ingreso a Postumburgh. Al tocar la pantalla, usted declara su voluntad de someterse a todos los procedimientos implementados por el Departamento de Migraciones, así como asumir las consecuencias legales que se le impondrán en caso de no superar cualquiera de ellos”.

Manett tragó saliva y puso su mano sobre la pantalla. Luego de unos segundos, la puerta se abrió y dio paso hacia un corredor muy estrecho. Una voz electrónica proveniente de un parlante en el techo le indicó que caminase en línea recta hasta llegar al pabellón 1. Apenas ingresó, la puerta se cerró de golpe detrás suyo.

Disimulando su nerviosismo, caminó por el corredor pensando en todo lo que Gutson le había contado sobre Postumburgh, la primera nación en el planeta poblada

completamente por cíborgs. Según sus leyes migratorias, solo aquellos que acreditasen tener un mínimo de 30 por ciento de mejoras cibernéticas de generación III o superiores podían ser admitidos. Muy pocos lograban ingresar al país, pero una vez dentro, era muy fácil conseguir un empleo bien remunerado. Por ello, Manett decidió arriesgarlo todo para cruzar la frontera y dejar atrás la miseria y la violencia que se vivía en Loiber, su horrible país natal.

El primer paso fue someterse a una operación de mejora cibernética. Como el precio en los establecimientos legales era demasiado caro, Manett acudió al taller clandestino de Gutson y le entregó todo su escaso dinero a cambio de la instalación de implantes robóticos corporales y la creación de una identidad digital falsa que le permita pasar el control migratorio.

La operación había sido apenas hace dos días. Sentía punzadas de dolor en todo el cuerpo y todavía no se había acostumbrado a sus aditamentos cibernéticos ni a la información digitalizada que por momentos aparecía frente a sus ojos.

Otras personas caminaban delante de Manett por el corredor. Algunas habían reemplazado sus extremidades con prótesis biomecánicas, otras llevaban implantes aparatosos adheridos a sus cráneos. Su caso era distinto: sus mejoras eran en su gran mayoría internas, salvo por el dispositivo de memoria adherido a su nuca, el cual almacenaba los datos de la identidad falsa que le creó Gutson.

Las cámaras de vigilancia instaladas en las paredes del corredor registraban todos sus movimientos. A lo largo del camino, unos anuncios luminosos mostraban mensajes de la autoridad migratoria:

“Colabore con el personal de seguridad. Denuncie cualquier comportamiento sospechoso. Unidos protegemos a nuestro país”.

De pronto, escuchó una voz distorsionada que gritó detrás suyo:

—¡Usted! ¡Alto!

Manett se sobresaltó y se detuvo en seco. Se dio la vuelta y reparó en que no lo llamaban a él, sino a un joven detrás suyo, quien fue abordado por un guardia de dos metros de alto vestido con traje antimotines y un casco que ocultaba su rostro.

—Está portando el distintivo de la organización terrorista Sigar. ¿Qué vinculación tiene con ese grupo subversivo?

El joven llevaba alrededor del cuello una cadena de metal con un dije cuya forma se asemejaba a la de una serpiente alada.

—¿Terrorista? ¡Qué tontería! Es el logo de la banda de rock AWI. Llevan años tocando en toda la región.

—Vendrá conmigo al puesto de seguridad del Estado para ser interrogado.

—Yo no voy a ninguna parte.

—Desobedecer la orden de un oficial de seguridad es un delito. Está bajo arresto.

—¡Esto es un abuso! ¡No pueden detenerme por...!

Antes de que el joven pudiese decir más, el guardia lo sujetó del brazo, se lo torció detrás de la espalda y lo empujó violentamente contra una pared para esposarlo. En ese momento reparó en Manett, que se había quedado petrificado contemplando la escena.

—Siga avanzando —le ordenó el guardia.

Manett nunca había escuchado de AWI en su vida, pero el emblema de Sigar lo había visto varias veces en

los noticieros de las cadenas de Postumburgh, cuyos reportajes sobre delincuencia y terrorismo se transmitían también en los países vecinos. El dije del joven se parecía a las pintas que dejaban los subversivos en los muros tras sus ataques, pero no era el mismo símbolo. De todos modos, no le pareció prudente interferir con la acción del guardia para no atraer atención hacia sí mismo.

Cuando Manett llegó al pabellón 1, una voz automatizada proveniente de otro parlante le indicó que ingrese a una habitación amplia, en la cual había otras cinco personas. Una vez adentro, un brazo mecánico salido de la pared le entregó un ticket con el número 5, mientras que, en el techo, un enorme panel hexagonal comenzaba a iluminarse. La voz continuó dando instrucciones:

—A continuación, se realizará la evaluación de la autenticidad de sus componentes cibernéticos mediante un escáner de ondas RF. Manténganse en sus lugares sin moverse mientras dura la prueba.

El proceso de expansión cibernética no se trataba simplemente de adherirse un brazo o pierna mecánica. La pieza tenía que estar integrada al sistema nervioso mediante un procedimiento quirúrgico especial y debía armonizarse con las demás funciones corporales, según los ideales de mejora humana que sustentaban la política de Postumburgh. De ahí que el escáner RF no solamente detectaba el porcentaje de aditamentos robóticos dentro de un cuerpo, sino también su nivel de sincronización con las funciones biológicas del organismo.

La habitación quedó a oscuras, a excepción del panel del techo, que brillaba con una luz azul y emitía un ruido similar al de un tren subterráneo a toda velocidad. A

medida que pasaban los segundos, el dolor de Manett se intensificó. Inmediatamente recordó un dato que leyó en internet respecto de la prueba: las ondas RF eran demasiado intensas para que puedan ser soportadas por piezas robóticas muy antiguas, las cuales quedaban seriamente dañadas e incluso inutilizadas. Gutson le aseguró que le instalaría componentes que pudiesen resistir la prueba, pero el agudo dolor que experimentaba lo hizo dudar de la palabra del técnico. Manett se sintió acalorado y su visión comenzó a distorsionarse.

Cuando se apagó el panel, las luces de la habitación volvieron a encenderse. Manett estaba mareado y adolorido, pero aún podía mantenerse en pie. Miró a su alrededor y vio que algunas de las personas en la habitación habían corrido con peor suerte: a uno le habían estallado sus implantes craneales y a otro se le había desprendido su brazo protético. Un tercero estaba de rodillas, sujetándose el pecho. Solo dos individuos parecían no haber sido afectados en absoluto. La voz electrónica habló nuevamente desde el parlante:

—Números 2, 4 y 5: sus porcentajes de expansión cibernética y sincronización se encuentran dentro de los rangos legales. Diríjense al pabellón 2 para la revisión de su software.

Recuperando su aliento y apoyándose ligeramente en la pared, Manett se dirigió hacia la salida mientras la voz continuaba:

—Números 1, 3 y 6: el uso de componentes cibernéticos falsificados para eludir el control gubernamental es un delito muy grave. Permanezcan en sus lugares mientras el personal de seguridad procede a su arresto.

En ese momento, dos guardias ingresaron a la

habitación. Los hombres que fallaron la prueba trataron de escapar, pero los guardias los redujeron rápidamente con sus bastones eléctricos y los hicieron tenderse en el suelo con las manos sobre la nuca. Asustado, Manett salió inmediatamente por el corredor que conducía hacia el pabellón 2.

El pasadizo era mucho más largo que el anterior y desembocaba en una habitación que contenía varios módulos unipersonales con monitores y teclados, situados uno al lado del otro. En las esquinas, unos guardias vigilaban de lejos a los usuarios que ingresaban al lugar.

Manett se colocó frente a un módulo y activó la tecla de inicio. La pantalla se encendió y apareció el rostro digitalizado de una asistente virtual que le dio sus primeras instrucciones:

—Por favor inserte su conector RA en el puerto ZD1 para comenzar el diagnóstico de su software.

Estaba en un aprieto: no tenía idea de lo que era un conector RA ni sabía si Gutson le había instalado uno. Revisó sus manos y apretó sus dedos para ver si algún conector emergía de alguno de sus dedos, pero no ocurrió nada. Tampoco tuvo éxito cuando buscó en sus brazos y antebrazos ni cuando examinó el resto de su cuerpo por debajo de su ropa. Los guardias voltearon a mirarlo por los movimientos extraños que hacía.

Miró a sus costados para ver si podía orientarse viendo cómo se conectaban los demás viajeros. El de la derecha se desprendió un ojo y sacó un fino cable de su cuenca vacía, mientras que el de la izquierda extrajo un conector de su fosa nasal izquierda. Desafortunadamente para Manett, sus ojos no se desprendían y su nariz no tenía ningún implante, pero dedujo que el dispositivo

debía estar de alguna manera conectado a su cerebro. Palpó rápidamente su cabeza y su nuca, pero no halló ningún sitio de donde pudiese desprenderse algún conector. Su mano sintió una pieza movible detrás de su oreja derecha, la retiró y encontró una pequeña cavidad dentro de la cual permanecía guardada la punta cuadrada de un cable. Tenía que tratarse del conector RA. Tiró de la punta y extendió el cable oculto hasta que pudo enchufarlo en una ranura rectangular situada debajo del monitor.

La asistente virtual habló nuevamente:

—Revisión de software iniciada. Los resultados se mostrarán en tres minutos. Recuerde que usted solo será admitido en Postumburgh si sus programas son originales y cumplen con las especificaciones técnicas establecidas por el gobierno nacional.

Manett observó una rápida sucesión de letras y números en el monitor mientras el escáner iba detallando los programas y aplicaciones que llevaba instalados en su interior:

Sistema operativo XURT Ver. 02.01

Verificando controladores de conexión inalámbrica

Canal de transmisión 1: activo

Canal de transmisión 2: inactivo

Controladores de video Synapsid PH 579

Controladores de audio...

Mientras todavía continuaba el escaneo de Manett, el módulo de su izquierda se iluminó con una luz roja y comenzó a emitir un sonido de alarma similar al de una sirena policíaca. El usuario del módulo, un hombre de unos cuarenta años, con gafas redondas y larga cabellera, había sido descalificado por el asistente virtual.

—El software que utiliza no es original. No es apto para ingresar a Postumburgh.

—Esto debe ser un error —dijo, titubeando—. Validé mis programas en Nueva Garda, hace como una semana. De allí vengo...

—El uso de programas ilegales para burlar el control gubernamental es un delito muy grave. Será puesto a disposición de las autoridades.

Apenas el asistente virtual dijo esta frase, un guardia pasó rápidamente por detrás de Manett y desconectó de un tirón brusco el conector RA del hombre de las gafas, para luego ordenarle que lo acompañase:

—Vendrá conmigo al puesto policial.

—No me hagan esto, oficial, por favor —dijo, suplicante—. Necesito encontrar a mi hija. Ella vive en Postumburgh...

—Desobedecer la orden de un oficial de seguridad es un delito— respondió el guardia, sujetándolo del cabello.

Al ver las celdas de poder adheridas a la espalda del guardia, Manett pudo comprobar que se trataba de un androide. Eso explicaba la actitud inflexible de todo el personal de seguridad. No eran más que agentes controlados remotamente por algún operador desde una oficina lejana. Tratar de negociar con ellos o apelar a su clemencia era un esfuerzo vano.

La voz del asistente virtual de su módulo interrumpió sus pensamientos e hizo que su atención retornase a su pantalla:

—Análisis completado. Su software cumple con las especificaciones técnicas establecidas por el gobierno de Postumburgh. A continuación, debe activar su dispositivo WiFi y conectarse a la intranet del

Departamento de Migraciones para recibir las instrucciones de la siguiente fase del proceso.

Afortunadamente, Manett sí sabía cómo conectarse a redes inalámbricas. Tocó el dispositivo de su nuca y pulsó un botón redondo. En ese momento, su canal YCH 450 se activó y luego de unos segundos escuchó dentro de su cerebro el audio instructivo del Departamento de Migraciones:

—Si usted puede escuchar este mensaje, significa que su conexión a la intranet oficial es estable. Sírvase dirigirse por el corredor C al pabellón 3 para su entrevista personal.

Miró a su alrededor y ubicó un cartel que indicaba el ingreso hacia el corredor C. Desenchufó su conector RA y se marchó rápidamente, sin voltear a ver al guardia que se llevaba al hombre de las gafas a una oficina cuya puerta tenía un anuncio de "Solo personal autorizado".

Dentro del corredor C, las cámaras del techo seguían cada uno de los movimientos de Manett hasta que llegó a una habitación pequeña con seis ventanillas de atención al público hechas de un vidrio polarizado, identificadas con letras de la A a la F. Sobre ellas vio una pantalla digital en la que aparecía un número de atención al lado izquierdo y una letra en el derecho.

Al ingresar, recibió dentro de su cabeza otro audio informativo:

—Usted tiene el número 35. Espere a que su número aparezca en la pantalla y diríjase a la ventanilla que se le indique.

Frente a las ventanillas, un grupo de personas esperaba sentada su turno de atención. Manett tomó asiento por unos minutos hasta que la pantalla le indicó que debía dirigirse a la ventanilla F. Apenas se acercó, el

vidrio polarizado de la ventanilla cambió a un color transparente y reveló a un guardia robot idéntico a los que había visto en todo el lugar. En ese momento recibió un tercer audio con instrucciones:

—El oficial de seguridad delante de usted se conectará remotamente con su dispositivo de almacenamiento personal para verificar su documentación. Mientras tanto, le formularemos unas preguntas después de la señal, a las que deberá responder con voz fuerte y clara. Responda con la verdad: cualquier intento de alterar u ocultar información será detectado por el polígrafo digital del oficial.

Había ensayado con Gutson todos los datos de su identidad fabricada decenas de veces antes de venir, pero ahora, teniendo al guardia robot al frente, se le confundían las ideas en la cabeza por el miedo a ser descubierto. Respiró profundo e hizo un esfuerzo por serenarse: esta era la última prueba.

Al sonar la señal, Manett fue sometido a un larguísimo interrogatorio, el cual, para efectos prácticos, era innecesario, ya que los datos requeridos por la autoridad podían ser extraídos sin mayor problema de su memoria digital. Además, algunas preguntas se repitieron, sin duda para detectar alguna contradicción en sus respuestas.

—¿A qué lugar de Posthumburg va?

—Ciudad de Terfaz. Cantón 4. Norte.

—¿A qué se dedica?

—Reparación de maquinaria industrial.

—¿Cuál es el motivo de su viaje?

—Trabajo.

—¿Dónde realizará sus labores?

—Amalgam Group.

—¿Tiene un contrato laboral?

—Sí.

—¿Dónde piensa quedarse?

—Condominio Deblu, centro industrial de Terfaz.

—¿Cuándo fue la última vez que visitó Posthumburg?

—Esta es mi primera visita.

Cuando acabó la entrevista, se le pidió colocar sus dos manos sobre el vidrio de la ventanilla. El sistema verificó que sus huellas digitales no coincidieran con las de ninguna persona que tuviese orden de captura en el país y finalmente recibió la autorización oficial de ingreso.

—Usted ha sido aprobado para ingresar al territorio de Posthumburg. Le damos una cordial bienvenida. Tome su izquierda para ubicar la salida.

Manett sintió un enorme alivio al escuchar ese mensaje. Con paso rápido pero sereno se dirigió hacia la salida del puesto de control. Al cruzar la puerta, recibió un mensaje de alerta de sus sistemas:

—Ha salido del alcance de la intranet del Departamento de Migraciones.

Inmediatamente, buscó en su mapa digital la ubicación de la estación de metro más cercana para dirigirse al centro industrial de Terfaz, donde comenzaría a trabajar. Luego de caminar unos doscientos metros, recibió un nuevo mensaje de alerta:

—Activando canal de transmisión 2.

De pronto, sintió una corriente eléctrica que recorrió todo su cuerpo y comenzó a caminar en dirección opuesta. Se alejó cada vez más del puesto de control. Recorrió un sinnúmero de calles sin detenerse,

esquivando a la gente y a los vehículos sin poder entender por qué su cuerpo se movía de forma ajena a su voluntad. Al llegar a una intersección, escuchó una voz familiar en su canal de audio.

—Hola, Manett.

—¿Gutson? —respondió Manett— ¡Mi cuerpo no me obedece! ¿Qué está pasando? ¿Tengo algún desperfecto?

—Claro que no. Las piezas robóticas que te instalé están haciendo exactamente lo que deben hacer: seguir mis instrucciones.

—¿Tú me estás haciendo esto? ¿Por qué?

—¿En serio creíste que la miseria que me pagaste cubría toda la tecnología que te instalé para que entraras a Posthumburg? Vas a devolverme en servicios hasta el último centavo que he invertido en ti.

—Te pagaré lo que quieras, pero tienes que dejarme llegar al centro industrial...

—Nada de eso, Manett. Vas a ponerte a disposición de unos socios míos que te están esperando muy cerca de aquí.

En ese momento, Gutson apagó la voz de Manett, quien solo pudo observar impotente y en silencio cómo el técnico manipulaba su cuerpo para llevarlo a un callejón vacío a media cuadra de distancia. Allí estaba estacionada una camioneta negra sin placas enviada para recogerlo. Antes de subir al vehículo, el atemorizado Manett advirtió que el conductor llevaba tatuada en el cuello una serpiente alada idéntica a la que había visto tantas veces en las noticias sobre atentados subversivos.

—Bienvenido a Sigar— dijo el chofer, sonriendo con malicia.